

Segunda edición, 2009

Licencia de uso y distribución

Esta obra está cubierta por la licencia "Reconocimiento-SinObraDerivada 2.1 España" de Creative Commons. Esto significa básicamente que usted es libre de:

- Copiar, distribuir y comunicar públicamente la obra.
- Hacer un uso comercial de esta obra.

Bajo las condiciones siguientes:

Reconocimiento: debe reconocer y citar al autor original.

Sin obras derivadas: no se puede alterar, transformar o generar una obra derivada a partir de esta obra.

Al reutilizar o distribuir la obra, tiene que dejar bien claro los términos de la licencia de esta obra.

Alguna de estas condiciones puede no aplicarse si se obtiene el permiso del titular de los derechos de autor.

El texto legal completo de esta licencia puede obtenerse de la siguiente dirección de internet:

<http://creativecommons.org/licenses/by-nd/2.1/es/>

Para cualquier comentario sobre esta obra, puede contactarse con el autor escribiéndole a la dirección de correo electrónico:

angel@triptico.com

<http://triptico.com>

Terra Incognita

ÁNGEL ORTEGA



Sólo soy un soldado. Con esta afirmación quiero disculpar las múltiples carencias que tiene mi relato y algunas de las cosas que hice (o no hice) y que en él se cuentan. Antes de empezar, debo describir un poco la situación en que se encontraba mi entorno cuando comenzó el viaje, pese a que la gente del pueblo apenas sabemos nada de lo que en realidad pasa.

Mi país mantiene una estúpida guerra con la República del País Africano desde un tiempo que nadie recuerda. Comenzó antes de que yo, mi padre o mi abuelo naciéramos, probablemente cuando el mundo era distinto, poblado por múltiples razas, especies y culturas. Nadie que yo conozca sabe cuál es el motivo de esta guerra, y quizá no importe, porque se ha convertido en la única razón de ser para lo que se hace o se planea. Los hombres somos educados para el combate o para la producción industrial en retaguardia, y las mujeres para la formación de familias. Todo es por y para la guerra. La gente odia con toda su alma a nuestro adversario, pese a que muy pocos saben siquiera dónde está África.

Antes del cambio climático, la vida era mucho más fácil. Pero ahora hay nieves perpetuas en casi toda la superficie habitable del globo y la búsqueda de recursos energéticos y alimenticios se ha convertido en un objetivo prioritario.

Que yo sepa, no hay nada que no se haya intentado. Los boletines del gobierno insisten en que nuestra tecnología avanza a pasos agigantados, pese a que hace décadas que nadie ve un coche que funcione o un barracón con luz eléctrica. También se habla de la bonanza económica. Se puede interpretar por lo que dicen que somos la primera potencia mundial, pero la gente muere por las calles de hambre y de frío. De todas formas, no tengo otra fuente de información para contrastar lo que se dice en los boletines, quizá sea cierto que somos la vanguardia del mundo y haya sitios donde se está peor.

La tecnología y la economía son importantes, pero comer es prioritario. Y en los últimos años hasta eso se ha vuelto más difícil. Apenas hay cosechas (y cuando yo nací era algo habitual, incluso mi hermano trabajó de recolector) y tampoco hay ganadería desde hace lo menos veinte años. Esto es realmente grave, pienso yo. Quizá irreparable, si ha muerto la última gallina ya no podremos hacer nada. No obstante, el que tiene una ocupación tiene qué comer: con nuestra cartilla de racionamiento podemos obtener nuestra comida diaria, a base de pan y patatas.

He dicho que soy soldado, y eso no es del todo cierto. Antes era maestro y trabajaba en una escuela para niños (las niñas ya no van a la escuela desde antes de que naciera mi madre). Cuando me llamaron a filas, temí que me llevaran al frente. Cuentan cosas horribles de allí, y yo no soy un hombre de combate. No sé si hubiese sido mejor aquello, ir al frente, matar y morir. Sin duda habría sido menos complicado.

Esperé una interminable cola a la puerta de la agencia de reclutamiento (un edificio gris, marrón donde los ladrillos

asomaban, sin cristales) y durante todo ese tiempo la nieve se sucedió con la lluvia varias veces. Vi pasar algunos policías a caballo por la avenida, vigilando el orden de la gente que esperaba. La presencia policial, antes tan habitual y tan temida, ya no era la misma. Antaño no se podía discrepar con lo que se decía en los boletines porque te jugabas la vida. Ahora no, apenas se ven agentes de policía. No es libertad, opino, es miseria.

Al fin me atendió, ya dentro del edificio, un tipo con bigote medio calvo, vestido con un raído uniforme militar. Me preguntó varias cosas nimias y me acompañó a una sala interior, oscura y fría, sin ventanas.

Me habló de un excepcional hallazgo que revolucionaría la humanidad tal y como la conocemos. Yo no soy hombre de ciencias, y los tecnicismos que utilizó no significaban nada para mí (él tampoco era un hombre de ciencias, por lo que dudo que en realidad hubieran significado nada para nadie tal y como él los usó). Lo llamaban Terra Incognita. Cuando dijo estas palabras recordé haberlas oído en los boletines radiados repetidas veces en los últimos días, aunque reconozco no haberles prestado atención. Había sido reclutado para ir a Terra Incognita, fuera lo que fuese eso.

Me tendió unos papeles que me hizo rellenar (eran cosas inconexas, supongo que la prueba era realmente ver si yo sabía leer y escribir) y le seguí a través de interminables pasillos a un sitio donde me proporcionarían mi uniforme y desde el que me llevarían a los barracones de instrucción. Por qué yo, le pregunté. Por supuesto, él no sabía nada. Alguien tenía que ir y me había tocado a mí.

Entregué mis pertenencias a un funcionario (mi abrigo, mi documentación y algún recuerdo de familia), me dieron

un uniforme de mi talla y me condujeron a un pabellón que terminaba en un gran patio donde la nieve me cubría hasta las rodillas. Allí había, en formación, un montón de gente encogida, vestida aún de paisano, cogiendo trabajosamente la vieja bolsa que contenía sus nuevos uniformes. Sin mi abrigo el frío era insoportable.

Al rato llegó un militar. Era bajo, algo gordo, de mejillas congestionadas, sudoroso y de labios obscenamente gruesos, que pese a estar recién afeitado tenía la cara azulada por la barba deseando salir. Se presentó por su nombre (fue la única vez que lo oí y no consigo recordarlo) y nos indicó que a partir de ahora él era nuestro jefe en una misión de suma importancia. Sí recuerdo que me sorprendió el hecho de presentarse como “jefe” y no con su rango. Yo no sabía nada de jerarquías castrenses y nunca pude identificar por sus galones cuál era su grado. Quizá no era en realidad un militar, sino un tipo como yo cogido de algún sitio, pero nunca lo supe. Volvió a nombrar Terra Incognita, de una forma aún más farragosa que el primer hombre que me atendió. Algunos de los que me rodeaban se miraban entre sí con gesto de duda, otros asentían como si comprendieran.

De ahí nos condujeron al barracón donde dormiríamos mientras durase la instrucción, que se anunciaba muy breve.

Tres semanas después, formadas por días imposibles de diferenciar, de fatiga y falta de sueño, nos comunicaron que había llegado el momento. Nos llevaron a todos (no se cuántos éramos, pero sí que había habido bajas de gente que no había soportado el entrenamiento o que habían encontrado algún contacto que les permitiese evitar su permanencia en la misión) a una gran sala donde hacía una temperatura agradablemente cálida, pero cuyos muros carcomidos por la humedad mostraban el signo inequívoco de decadencia de todo lo que yo había visto hasta entonces. En las paredes había cuadros de gente que yo no conocía, probablemente próceres, y mapas amarillentos. Se nos pidió silencio.

Entró mi jefe portando una carpeta y luciendo en su rechoncho cuerpo un uniforme nuevo. Habló y habló, sobre nuestra incompleta pero suficiente preparación, y nos presentó al doctor, un hombre joven pero canoso, con gesto lastimero y grisáceo. Él también dijo unas palabras y trató de darnos aliento. Nos advirtió de que nos enfrentábamos a algo realmente nuevo, que podría acarreararnos problemas médicos, pero que debíamos sentirnos orgullosos porque de nosotros dependía la explotación de una nueva fuente de recursos tanto energéticos como alimenticios. Él estaba allí para cuidar de nuestra salud. Yo me distraje y me perdí en pensamientos vacíos, medio aturdido por el cansancio

y por el aburrimiento, y un hombre a mi lado, que conocía de haberle visto en el barracón, me preguntó qué era un cartógrafo. Alguien que hace mapas, le respondí, e inmediatamente después el jefe se acercó por detrás de mí y me condujo con empujones fuera de la sala.

—¿Qué hablas, estúpido? —me dijo, ya a la intemperie.

Yo no supe qué responderle. Tampoco me habría dejado decir nada. Me ordenó dar diez vueltas al patio a paso ligero. No se quedó a comprobar que lo hacía y yo di sólo tres y me senté a refugiarme de la nieve que caía debajo de uno de los arcos del soportal.

Cuando estimé que era el momento de haber cumplido mi castigo, entré en la estancia y la gente estaba hablando entre sí de forma caótica. Ya no había nadie en la parte delantera, y por tanto deduje que habían ordenado romper filas. Pregunté a un hombre moreno qué se había dicho después, y me contestó que nada, que lo mismo de antes, pero que nos habían presentado al guía que nos iba a conducir allí. No habló más, y en vano intenté averiguar más sobre lo dicho, ni sobre Terra Incognita en concreto. Es un país, dijo uno, es una isla, dijo otro, es un viaje planetario, dijo un tercero. Qué tontería, me dije. Yo sabía que en el pasado se habían hecho viajes planetarios, que el hombre había pisado la Luna y quizá hasta Marte, pero ahora era imposible.

Nos retiramos por última vez a nuestros barracones esperando madrugar para iniciar el viaje. Me costó conciliar el sueño, yo estaba nervioso, y algunos cantaban al fondo. Quizá habían suavizado la disciplina militar aquella noche y se nos permitía un poco de expansión.

A la mañana siguiente tocaron diana demasiado pronto. Todos nos levantamos con gran dificultad, y al formar en el patio descubrimos que era aún noche cerrada. Ajustándose el cinturón apareció el jefe, con el doctor y con un tipo mal encarado, de mejillas hundidas, delgado como la muerte y vestido con ropa andrajosa de color indefinido. Supuse, correctamente, que era el guía. El doctor desapareció detrás de las últimas filas de hombres y los otros dos quedaron enfrente del pelotón. El jefe comenzó a separarnos en grupos de cuatro a seis, encomendándonos tareas. Gritó el nombre de dos personas, que aparecieron a paso ligero, vestidos con unos gruesos abrigos negros y cascos verde oscuro con gafas de cristal ahumado, a los que voceando presentó como los ingenieros. Algunos, con su misión ya asignada, corrían de un lado a otro, portando cajas, extraños artilugios, lámparas de aceite, bidones, como presos de una indescriptible locura transitoria. El jefe pasó a mi lado y me miró con gesto torvo; sin dejar de clavar sus ojillos en los míos, preguntó quién sabía algo de caballos. El hombre que estaba a mi derecha se identificó como tal y se puso en manos de los ingenieros, que le llevaron hasta el establo, donde le perdí de vista. Todo el mundo parecía tener su tarea, excepto yo. Al final, y cargando con un petate enorme, se acercó mi jefe y me dijo:

—Ya tengo una obligación para ti, calamidad —y me arrojó la bolsa a los pies— Tú deberás llevar en toda ocasión este uniforme. Cuídalo bien porque tú eres el responsable y se te caerá el pelo como le ocurra lo más mínimo.

No sabía si abrir y mirar dentro o esperar. Tras unos breves segundos, mi jefe montó en cólera y me dio un fuerte empujón. Trastabillé y caí al suelo.

—¡Espabila! —se acercó para golpearme, pero me levanté deprisa. Se paró en seco, quizá al comprobar que yo era más alto que él. Apenas había tratado con él dos o tres veces y la violencia que aquel tipo destilaba hacia mí me resultaba incomprensible y contagiosa. Deseaba pegarle, pero me contenía— ¡Abre el petate!

Lo abrí y saqué lo que había dentro. Era un traje extraño, abultado, de un material esponjoso. También había unas botas negras de cuero y un casco completo, negro y redondo como una sandía, con un visor en el centro. Parecía una especie de equipo de inmersión.

—Este traje es ahora como tu novia —dijo— Cuídalo y mí-malo, porque como le ocurra el más mínimo daño, te cortaré las manos.

—Sí, señor —le dije, y creo que me cuadré.

Me miró con gesto duro y después me espetó:

—¿A qué esperas?

No sabía qué responder.

—¿Debo ponérmelo ahora?

—¡Claro, imbécil! ¡Siempre! Haga frío o calor, tendrás que llevarlo puesto. Deberías estarme agradecido, porque este traje servirá para una de las fases más importantes de nuestra misión. Aunque quizá cuando llegue la hora le cedo el honor a otro.

Yo no creía en honores, así que no dije nada y empecé a desempaquetarlo.

—¡Desnúdate, no puedes llevar eso debajo!

—¿Ahora? —pregunté. La nieve caía despacio y hacía un frío que me hacía tiritar.

Volvió a empujarme, pero a pesar de tener las manos ocupadas no llegué a perder el equilibrio. El casco sí cayó, y rodó por el suelo varios metros.

—¡Estúpido! —y me dio un puñetazo en la mandíbula, afortunadamente no demasiado fuerte— ¡Recoge eso!

Apenas terminó su frase porque una sirena ensordecedora empezó a sonar. Todo el mundo se revolvió, y el jefe se olvidó de mí mientras gritaba “a sus puestos”, “que nos vamos” y cosas así. No me desnudé y me puse el traje encima del uniforme. Me ceñí el casco con fuerza y comprobé que era hermético porque no me llegaba ningún sonido del exterior. Descubrí unos pequeños respiraderos a la altura de las orejas que podía abrir y al menos oír algo de lo que pasaba a mi alrededor.

Corrimos por los patios (sin ir en formación, sino casi como un gentío huyendo) hacia un barracón. Dentro de él había, en el techo, varias lámparas de luz eléctrica, encendidas. Escuché comentarios al respecto, porque aquello era algo realmente raro. En el suelo había una enorme trampilla redonda con un ventanuco de cristal, rodeada de grandes artilugios roñosos y comunicados entre sí por cables. El sol aún no tenía fuerza para iluminar, y por una de las ventanas rotas entraba nieve con los soplidos del viento. Mientras formábamos oí un sonido de cascos. Por nuestra izquierda llegó el hombre que había dicho que sabía de caballos, tirando de las riendas de tres de ellos, uno negro,

otro blanco y otro gris, que remolcaban un pesado carro de hierro cargado de instrumentos de todo tipo. También estaban los dos ingenieros, con sus casacas y sus gafas negras, hablando entre sí a voces. El primero se dirigió a un panel herrumbroso y manipulándolo provocó que se alzase la trampilla. Tanto despliegue tecnológico arrancó algún comentario de asombro. El otro ingeniero hizo una seña al de los caballos para introducirlos a través de ella. Pese a que del interior surgió una especie de plataforma, costó casi un cuarto de hora convencer a los animales de que cruzaran. Al final, ruidosamente, el carro pasó rozando con los bordes de la entrada.

Una vez estuvo dentro se nos ordenó avanzar a paso ligero. El interior era como el de un enorme bidón, formado de chapas claveteadas manchadas de óxido y rematado a lo largo por muchas tuberías, estrechas y gruesas, con múltiples ramificaciones y llaves. Había también luz eléctrica allí, pero muy débil y temblorosa, lo que unido al retumbar del hierro y el continuo murmullo de voces convertía el ambiente en algo tan febril como un mal sueño.

Había muchos asientos, en los que la gente había empezado a sentarse. Yo hice lo mismo. Los caballos con el carro permanecían en el centro, nerviosos pese a los esfuerzos de su cuidador. Alguna vez falló el fluido eléctrico y nos quedamos sin luz durante varios segundos, en los que el ruido de fondo aumentaba y los animales resoplaban. El hombre sentado a mi izquierda comentó varias cosas en repetidas ocasiones, pero yo no le escuchaba.

Por último entraron el doctor y el guía, y en el umbral de la trampilla quedó el jefe despidiéndose de los ingenieros. Se saludaron con marciales frases hechas y el jefe se retiró

para que se cerrara. Dijo algo como “nos esperarán aquí para recogernos” a un tipo que tenía a su lado y se dirigió hasta el fondo. Desde allí nos soltó una torpe arenga y se sentó en uno de los bancos.

Un zumbido empezó a crecer y crecer. Iba acompañando de un vibrar en el suelo y las paredes y de frecuentes interrupciones en el alumbrado. Todo me recordaba a un terremoto que viví de niño. Así estuvimos mucho tiempo, quizá horas. Supuse que estábamos viajando, bajo tierra o por el aire en algún artilugio volador. O era un mecanismo de teletransporte, quién sabe. Lo cierto es que esta parte me resulta confusa, y es probable que esas suposiciones sobre el tipo de traslación las hubiese hecho después y no según ocurrían, porque sí recuerdo un demoledor aturdimiento y sopor. Al final, como muchos, me quedé dormido. Tuve sueños de violentas explosiones y sacudidas, de gritos, de fuego y de lamentos.

ÁNGEL ORTEGA

Cuando desperté, estaba tumbado a cielo abierto. A través del visor de mi casco pude ver un cielo tan azul como no había visto en muchos años. Me incorporé de un salto para contemplarlo. En el cenit era azul y fundía hacia violeta en el horizonte, poblado de árboles muy altos y frondosos. A mi alrededor había matorrales, piedras, flores, todo sobre un manto de hierba, y al fondo cadenas montañosas coronadas de nieve. Por el suelo estaban tendidos muchos de mis compañeros; otros iban de un sitio a otro, cargando cajas y cosas. A mi derecha había algo enorme, como un edificio, todo ennegrecido y envuelto en humo. El jefe y el guía discutían al lado, mientras algunos hombres intentaban apagar las escasas llamas que aún quedaban. Pregunté qué había ocurrido y alguien me dijo que había habido una avería, que no estábamos exactamente donde deberíamos, sino mucho más al sur, y que algo había fallado. Teníamos varios muertos y un par de casos de tímpanos reventados.

Aproveché el aparente desorden para recorrer un poco la zona. Era naturaleza en estado puro, como todo el mundo soñaba y algún viejo recordaba. Las flores eran grandes y hervían de insectos raros, como no había visto nunca en los libros. Muy pequeños, muy articulados, con muchas patas. Algunos se peleaban. Lejos había un río del que me llegaba de vez en cuando el batir del agua, y en la falda de las

montañas algo se movía, como enormes rebaños de reses de las que no pude discernir la forma. En el cielo, bajo iridiscentes cirros alargados, se veía la silueta de bandadas de pájaros de alas puntiagudas.

Pero no sentí lo que esperaba sentir, libertad, riqueza, frescura, sino algo opresivo, amenazador, como una agresividad latente. El miedo de enfrentarme a algo absolutamente nuevo me recorría la espalda como un escalofrío.

Mi tregua contemplativa duró poco. Nos llamaron a formar para comunicarnos el estado de la misión. Lejos de aparentar el pesimismo que manifestó el que me informó, del jefe parecía desprenderse que sólo había habido pequeños contratiempos y que en seguida nos pondríamos en marcha para alcanzar el primer punto. No sé si alguien sabía a qué primer punto se refería, probablemente no, pero inmediatamente empezamos a movernos siguiendo al guía. Éste parecía eufórico, y en realidad su aspecto era más el de un morador de alguna de aquellas praderas que el de alguien proveniente de nuestro entorno. Caminaba con paso firme, muy adelantado, con una vara en la mano, haciendo comentarios al jefe sobre esta planta o aquel fruto.

Pero desde el primer momento la hostilidad de aquella tierra para con nosotros se hizo patente.

Los caballos empezaron a hacerse reticentes a continuar, pese a que la llanura era cómoda, sin desniveles ni grietas. Al final se quedaron quietos, como nerviosos, pero inmóviles. El pelotón se detuvo a una orden del jefe, que preguntó en vano al encargado de los animales, que no entendía en absoluto qué ocurría.

Uno de ellos babeó sangre, y cayó de rodillas, pese a todos los intentos de mantenerle en pie. El gris se sobresal-

tó de repente, como enloquecido, y arrancó al galope. Los otros dos tropezaron y el carro casi volcó del brusco empujón, mientras aquél seguía tirando con violencia. Comenzó a defecar borbotones de sangre y a cabecear hasta que de forma tan repentina como empezó se desplomó al suelo de costado. Los otros dos fueron perdiendo fuerzas lentamente y al final se tendieron al suelo y murieron. En su estertor, uno de ellos vomitó una gran cantidad de sangre medio coagulada de olor pestilente. En menos de un minuto los tres caballos estaban muertos por alguna razón inexplicable.

Todo el mundo enmudeció. El jefe preguntaba al guía y al doctor alternativamente, y el guía gesticulaba insistiendo en que él no sabía nada, que era la primera vez que se traían animales así a Terra Incognita. El doctor decía que tenía que ser algo infeccioso y que nunca había visto algo tan fulminante, pero claro, él no era veterinario. Alguno comentaba en voz baja si a nosotros nos pasaría lo mismo, y otro le respondía que los caballos tenían enfermedades distintas a las nuestras. La confusión duró varias horas, hasta que el jefe asignó a ocho o nueve de nosotros para llevar el carro de las herramientas hasta que no tuviésemos otra cosa mejor. Me resultó extraño que no me eligiese a mí para aquello, dado el odio incomprensible que me había tomado. Quizá para no estropear el uniforme.

Había tres heridos con rotura de tímpano que iban en el carro. Ahora, sin montura que los remolcase, eran un verdadero problema, y los elegidos para empujar el carro se negaban a llevarlos. Entre discusiones el doctor decidió hacer unas parihuelas para llevar a dos de ellos que no podían moverse, mientras que el tercero se empeñó en seguir a pie él sólo. Reanudada la caminata, muy de atardecido,

éste se desmayó. El doctor retiró sus vendajes y había perdido mucha sangre. Escuché a un hombre calvo decir que ya estaba harto de ver sangre, y otros le apoyaron. El guía, que no se había involucrado en las discusiones hasta ese momento, habló para todos con un lenguaje áspero e inculto animándonos a seguir. “Esto ha empezado mal”, dijo alguno. En varias ocasiones estuvimos a punto de llegar a las manos, mientras el jefe insistía en que aplastaría severamente un motín. En plena discusión, el herido murió. Cuando el doctor comunicó la muerte algo de razón volvió al grupo y el ambiente se serenó. Se decidió acampar allí mismo, bajo una gran peña con forma de flecha. Hicimos hogueras y descansamos. A mí me tocó el segundo turno de guardia, en que aproveché para quitarme el casco. Me hacía sudar mucho y me sentí renacer. Sabía que el jefe no debía verme así, pero él estaría en aquel momento en el más reparador de los sueños. Cuando desperté a mi relevo y volví a mi saco de dormir, llegué a él ya dormido del cansancio que tenía.

A la mañana siguiente, los otros dos heridos habían muerto. El doctor estaba aterrorizado, quizá aún más que el resto. Sentía que su materia se le escapaba de las manos, y que aquí las leyes biológicas eran muy otras. Tras enterrar a los tres reemprendimos la marcha por la llanura. El bosque hacia el que caminábamos se hacía más y más grande, y los árboles parecían ser realmente gigantescos.

A media mañana descubrimos un ser insólito. Alguien sintió movimiento enfrente, a la izquierda; inmediatamente varios se adelantaron, blandiendo las armas cortantes que habíamos traído, demasiado escasas debido a una incomprendible falta de previsión. La hierba era alta como

el trigo, y no se distinguía claramente qué ocurría desde donde nosotros estábamos. La lucha duró largos minutos y al final nuestros hombres volvieron con sólo un herido leve con un rasguño en un brazo.

Arrastraron consigo una especie de cerdo enorme, casi del tamaño de una vaca, con una cara huesuda, un par de ojos alarmantemente inteligentes y otro par de órganos semejantes a ojos a una pulgada por encima de ellos. Su hocico, más que de cerdo, era como el de un perro o un lobo, con colmillos agudos y brillantes como si fueran de nácar. Su gesto era realmente amenazador, pero sólo era fiero en apariencia, dada la relativa facilidad con que se le había cazado. Sus patas tenían pezuñas y eran bastante parecidas a lo que nosotros conocíamos, aunque la formación de la cadera era extraña y daba la impresión de ser doble y articulada por el centro. El lomo estaba erizado de púas negras y brillantes, como si fueran de un mineral oscuro e iridiscente, y una cola más larga de lo que cabía esperar remataba un cuerpo masivo y musculoso.

Yo me fijé en las características del animal porque me sorprendió mucho, pero la mayoría sólo vio alimento. Desordenadamente se empezó a descuartizarlo, y allí mismo se hicieron hogueras para probar la carne. El doctor desaconsejó aquello por prudencia, pero muchos de los allí presentes sólo habían comido carne dos o tres veces en toda su vida. El manjar fue muy apreciado, y yo al final lo probé, vencido por la tentación en forma de olor y color rosado. Ciertamente era sabroso, algo dulce y muy magro. El animal, aún enorme, duró en nuestra mesa improvisada apenas dos horas. Alguno comió las vísceras, y aunque hubo quejas de dolores de estómago, fue más causa

del empacho que del posible envenenamiento que el doctor auguraba. Él fue el único que no comió.

El jefe nos dejó descansar durante un par de horas más, sentados o tumbados en la pradera. Algunos fuimos a proveernos de estacas para usarlas a modo de lanzas, y nos entretuvimos mucho tiempo afilándolas. Al final, a media tarde, la columna se puso en marcha, pues era intención alcanzar el bosque antes de que llegara la noche. Los días me parecían más largos de lo normal, quizá hasta tres o cuatro horas, aunque no oí a nadie hacer ningún comentario al respecto. A lo lejos vimos entre las espigas los lomos erizados de algún otro animal como el que habíamos comido, y pudimos oír sus gruñidos y chillidos. Parecía como si se comunicaran, porque a cada ruido gutural le seguía un acercamiento o alejamiento de otros individuos u otros ruidos a modo de contestación. Antes de que la luz se fuese del todo el cielo se cubrió de nubes oscuras y dejamos de ver u oír más animales, excepto el ulular de alguna especie de búho.

De noche llegamos al bosque y el jefe insistió en adentrarnos más hasta que vimos un claro. Los árboles eran columnas negras y ásperas, que se extendían hasta lo invisible. La hierba era mullida y como si fuera pelo de gato. De nuevo hicimos la hoguera pertinente y mientras intentaba dormir escuché discutir al jefe y al doctor, más allá de la luz del fuego, donde no podía verlos.

Despertamos pronto, a la salida del sol. La mañana era algo fría, pero no resultaba desagradable. El jefe me envió junto al guía y dos más a la vanguardia, mientras el resto del equipo se preparaba. El guía nos indicó con un gesto la dirección a seguir y los tres le seguimos. La vegetación era frondosa y extraña, formada por árboles grandes de hojas anchas como un hombre. Caminaba el guía a unos veinte metros por delante de nosotros y nos ordenó, en silencio, que nos detuviéramos. Yo blandí mi estaca con fuerza preparándome para un ataque, y los otros hicieron lo mismo.

Se oyó un estrépito de ramas y hojas rompiéndose, y el guía echó a correr hacia delante. Los demás titubeamos, y en cuestión de segundos, nada más perderle de vista, escuchamos un grito horrible. Corrimos hacia él y le encontramos tendido boca abajo en el suelo, mientras seguía sonando el crujir de ramas por todas partes a nuestro alrededor. Le dimos la vuelta y vimos una expresión de terror en su rostro, los ojos casi en blanco y un hilillo de sangre en la comisura de la boca. Tenía en el pecho una perforación de unos diez centímetros, redonda y limpia, en cuyo interior aún palpitaba algún órgano vivo. Quería chillar pero su voz rota se mezclaba con un borboteo. Al final dijo:
—He escuchado unos chirridos arriba, en las copas... un chirrido...

Intentando entender, todos alzamos la cabeza, esperando ver algo u oír aquellos chirridos. El bosque estaba en silencio, como veinte segundos antes.

El agujero en su pecho era escalofriante. Tenía que haber sido provocado por un cuerno recto o un pico como de grulla, pero mucho más ancho. Alguien comentó que podía haber sido una rama, pero nadie lo creyó.

El más fuerte cogió al guía a hombros y corrimos hacia donde habíamos venido. De nuevo en el claro, con los demás, cuando el doctor pudo verle, ya había muerto.

El jefe estaba completamente aturdido, y casi había perdido el control, pero al final consiguió serenarnos e improvisó varias normas de seguridad que íbamos a seguir de ahora en adelante. El hombre fuerte que había cargado con el guía comentó a todo el mundo las últimas palabras del muerto sobre sonidos chirriantes sobre su cabeza, y un pavor sordo se apoderó del grupo. De nuevo el jefe tuvo que hablar para hacernos recuperar la calma.

Algunos cavaron un hoyo y enterraron al guía. Nadie lo comentaba, pero todos sentíamos que aquella pérdida iba a provocar graves problemas para el desarrollo de la misión. Al final, como medida de precaución, el jefe decidió salir del bosque y rodearlo. Nos costó todo el día atravesar la vegetación hacia el este, y ya en la llanura acampamos para hacer noche.

Cómo negarlo, tuve miedo y no dormí. Y muchos más también lo tuvieron.

Al día siguiente, echando a alguien en falta, el jefe nos hizo formar e hizo un recuento. Faltaban ocho personas, entre ellos los que habían llevado el peso de la discusión de días anteriores. La desertión, en mi opinión suicida, en-

colerizó de tal forma al jefe que comenzó a dar órdenes absurdas sobre disciplina y responsabilidades. Aunque no estábamos organizados mediante una jerarquía militar, nombró cabos a seis o siete y los hizo responsables de grupos de cinco a ocho soldados a su cargo. Aquello no gustó, y contrariamente contribuyó a un mayor desorden y mal ambiente. Cada cierto tiempo, reanudada la marcha, se sucedían peleas y encontronazos que a veces terminaban con algún herido. La misión en su totalidad se nos había ido de las manos, y una sombra de tragedia planeaba sobre nosotros. El jefe miraba constantemente sus planos incompletos y se mesaba sus escasos cabellos, insultando a todos los que se cruzasen con él. El doctor, más introvertido, caminaba con la cabeza gacha, como cargando con una pena imperdonable. Para colmo, sonó un trueno ensordecedor con matices metálicos y una lluvia torrencial comenzó a caer sobre nuestras cabezas, acompañada de un calor asfixiante. No se veía a cuatro pasos, y aunque todo el grupo sintió mermadas sus facultades, el tamborileo de las gotas de lluvia sobre mi casco me volvía loco. El visor se me empañaba con el vaho de mi propio aliento. La llanura parecía interminable con el suelo enfangado y el crepúsculo formado por las nubes nos sumía en una noche perpetua. Así pasó un día y otro, indiferenciados, descansando cada seis o siete horas. En algún momento, medio enloquecido por el ruido, solicité al jefe que ordenara que alguien me relevara en llevar el uniforme. Se limitó a mirarme, y tras un instante me golpeó fuertemente en el estómago con el puño. Se me nubló la vista y caí al suelo. Creo que perdí el conocimiento por unos segundos, en que me vi medio enterrado en el barro. Alguien me sacó de allí y me cedió su hombro

para apoyarme durante una parte del camino. Al final me desmayé.

Mi despertar fue largo y fatigoso, y me sentía peor que el día anterior. La lluvia seguía cayendo con furia, y parecía de un color más amarillento que antes. Entre brumas vi a mis compañeros, aún durmientes, agazapados unos contra otros, como cachorros de perro. Alguno se desperezaba, entre ellos nuestro jefe.

—La lluvia ha cambiado —le dije, y tras mirarme, me ignoró. Si la tensión entre él y yo iba a mantenerse igual, dudaba que pudiera soportarlo.

Se levantó, y mientras daba gritos a todo el mundo para que se levantara, estiró los brazos y echó la cabeza hacia atrás, abriendo la boca para dejar pasar las gotas hacia su garganta.

Con el cambio de la lluvia, el estruendo sobre mi casco era aún más insufrible que antes. Estuve a punto de volver a pedir el relevo para que otro lo llevara puesto, pero sólo de pensar en un nuevo conflicto con mi jefe, sentí desfallecer. Alguien por detrás, al que no conocía, debió notar mi angustia y me comentó:

—No sé qué tiene contra ti, pero nunca te va a relevar de llevar el uniforme.

—Voy a volverme loco con este ruido —le contesté sin mirarle.

Reanudamos la marcha lenta y dolorosa bajo la lluvia, y dentro de mi traje sentía un calor insoportable, que unido al repiqueteo interminable me hacía sentir febril. Veía a todos con las cabezas empapadas y les envidiaba.

Recorrimos el desfiladero hasta llegar a un pequeño terraplén embarrado que nos tocó bajar, aproximadamente a

la mitad de la jornada. Fue entonces cuando algunos empezaron a sentir los primeros síntomas.

—Me pica todo el cuerpo —en las manos y la cara aparecían rojececillos como sabañones.

El jefe decidió ignorarlo y ordenó a todo el mundo bajar el barranco, pues en él estábamos demasiado expuestos. Hubo problemas para los que acarrearaban el carro del material, ya que las ruedas se clavaron en el fango y fue necesario que todos empujásemos para desatascarlo.

Cruzamos un bosque de árboles más altos y más rojizos de lo que hasta entonces habíamos visto y un pequeño riachuelo de un agua también más rojiza y más densa. Alguien escuchó en las copas más altas los mismos ruidos chirriantes a los que se refería el guía antes de morir, pero no pudimos ver nada. Otro se desmayó y el jefe ordenó acampar un tiempo para descansar. Yo me alejé un poco del improvisado campamento y me apoyé en el tronco de un árbol enorme que se torcía sobre mí y me resguardaba algo del infernal goteo. Aunque no desapareció del todo, me pareció recobrar una calma perdida hacía siglos. Cerré los ojos que me ardían y me sumí en un duermevela del que apenas recuerdo nada.

Cuando abrí los ojos vi que el color del cielo se había tornado más verdoso y algo más oscuro. Repentinamente pensé que habían levantado el campamento y se habían ido sin mí, pero al volverme vi a todos aún allí. Había una especie de febril actividad entre ellos, gritos y pasos apresurados por todas partes.

—¿Qué pasa? —pregunté al doctor.

Me miró con ojos de terror.

—No sé, no sé, nunca había visto una cosa igual —y desapa-

reció por mi derecha.

Entre la gente yendo y viniendo, había varias decenas de hombres tendidos en el suelo, retorciéndose. Me acerqué y vi lo que les ocurría. Tenían el cuerpo cubierto de unas llagas horribles, la cara, los brazos, todo. Algunas de las llagas parecían moverse; mirándolas más fijamente, podía verse como una especie de cabeza de gusano. Con el corazón en un puño, fui recorriendo las filas de enfermos, con su mal avanzado de diversas formas, algunos no se movían, sólo se apreciaba en ellos una suerte de oleaje, como el viento cuando mece un campo de trigo, de tan agusanados como estaban. Otros les secaban con trapos las heridas mientras especulaban si era la alimentación, si era un virus, si era algún insecto que no conocíamos.

Me dediqué a atender a uno de ellos, que me pedía que le matase. Sus ojos eran apenas cuencas hirvientes de cosas blandas y móviles; sus manos temblaban como si corrieran lampreas por sus venas. El jefe había caído también presa de aquel mal horrible, por lo que la organización había desaparecido por completo. Unos se peleaban; un grupo de cuatro o cinco decidió irse. Lo cierto es que nadie parecía libre, de pronto escuchaba a alguien quejarse de picores y un cuarto de hora más tarde estaba en el suelo convulsionando y cubierto de sangre. Cuando el doctor se desplomó, el caos fue absoluto. Se iban corriendo, se suicidaban, mientras la lluvia incesante bañaba los cuerpos lacerados como si nada ocurriera.

Hacia el crepúsculo murió el último de mis compañeros entre dolores atroces. Unas horas antes, yo había comprendido lo que ocurría. Era la lluvia, esta extraña lluvia de color amarillento y de consistencia aceitosa. Mi particular

infierno de tamborileo estruendoso me había salvado.

Me incorporé y mis rodillas se quejaron de haber estado tanto tiempo encogido. Miré a mi alrededor y el paisaje era un entramado de cadáveres retorcidos. Los primeros afectados no parecían cuerpos humanos sino masas esponjosas y dilatadas apenas antropomórficas, y habían sido abandonados ya por sus parásitos, quizá por carecer de utilidad para ellos.

El carro con el instrumental, dejado a su suerte, se había ido deslizando lentamente por el barro y aparecía medio sumergido en el riachuelo. Era absurdo intentar sacarlo de ahí, o incluso pretender seguir yo solo con la misión. Eché a andar hacia adelante acompañado del eterno golpeteo en mi cabeza y ya era casi noche cerrada cuando encontré varias masas esponjosas muy juntas entre sí, probablemente algunos de mis compañeros que habían querido huir de la condena. Miré hacia atrás y ya no veía el carro, el riachuelo o los muertos.

No deseaba pararme y casi a ciegas seguí manteniendo el mismo rumbo.

ÁNGEL ORTEGA

La lluvia ponzoñosa duró varios días, en los que no comí ni apenas dormí. Durante todo ese tiempo caminé por la llanura en penumbra, con noches sucediéndose a días crepusculares. No vi ningún ser vivo por ninguna parte. Supuse que, en esta tierra olvidada por Dios, cuando este horrible agente atmosférico se manifestaba, la vida enmudecía y latía escondida en madrigueras o covachas. Además, al ser esta lluvia más espesa que el agua, no era absorbida por el terreno de la misma forma, por lo que se almacenaba en charcas pestilentes y en arroyuelos infectos.

Aproveché aquellos días para pensar. Mi situación era en verdad difícil. No sabía si debía volver sobre mis pasos para localizar el lugar de llegada y esperar a que alguien volviera a recogerme (creía haber escuchado algo sobre una recogida cuando partimos), o seguir avanzando, en una especie de viaje suicida en busca de alguna razón para todo aquel absurdo, como si en algún punto hubiese un sitio donde se me explicase qué pintaba yo allí, qué era aquella tierra, por qué todas esas muertes. Lo que hasta entonces había visto no me gustaba, retroceder era una idea que me producía náuseas. Era posible, o al menos así quería creerlo, que en un futuro encontrara un refugio contra tanta hostilidad, alimentos abundantes y tiempo favorable. Aquello no era frecuente en mí; nunca he sido suficientemente va-

liente como para asumir riesgos. Ni siquiera en una huida hacia adelante como aquélla. Pero esa fue la decisión que tomé.

El cielo allí era casi igual al que yo conocía, excepto por algunas anomalías en los colores de los atardeceres y en el tamaño y forma de la luna. Tampoco, como ya comenté, los días duraban lo mismo. Y por supuesto, los animales, las plantas y el clima eran distintos. No podía ser una isla ni un continente desconocido. No podía ser la misma tierra en otro tiempo, no podía ser el pasado, ni el futuro. No podía ser otro planeta porque era todo demasiado parecido. No podía ser otra dimensión (sea lo que fuere eso de las dimensiones) ni podía ser un mundo de sueños o de alucinación. No podía ser el infierno, ni el cielo, ni el limbo, o al menos me resistía a creerlo. Me odié por no entender, por no tener el nivel de conocimientos suficientes como para saber cómo me habían llevado hasta allí, por no haber intentado averiguar más sobre el destino y la misión cuando aún estaba en el campo de adiestramiento, por haber sido tan condenadamente indiferente y tan endiabladamente estúpido. Ahora me veía inmerso en una naturaleza brutal que me sobrepasaba, en un frenesí salvaje al que era completamente ajeno y en el que cada minuto de prolongación de vida era un regalo.

Huir hacia adelante.

Un poco más tarde del mediodía, la lluvia empezó a perder espesor y cesó de caer. Las nubes, poco a poco, se fueron retirando, y mientras los rayos del sol caían sobre la tierra lacerada, la vida fue despertando. A lo lejos volví a ver la mancha oscura de algún enorme rebaño, bandadas en forma de ángulo volvieron a cruzar el cielo y de nuevo

una riqueza de sonidos, desde piídos a rechinar de patas de insectos, sustituyó al monótono golpetear. Algunas bestias, pequeñas como ratones, chapoteaban en lo que unos minutos antes era veneno. Aparentemente, el agua de gusanos ya era inocua. En ella parecía flotar una especie de espuma amarilla, sin duda las larvas que infectaron a mis compañeros, que habían pasado de horribles depredadores a presas del resto de los seres vivos. Animales peludos e insectos enloquecidos se alimentaban con fruición del caldo flotante, peleando entre sí por obtener la mayor cantidad posible, como si de un manjar se tratase.

El final de la lluvia me trajo un silencio grueso, zumbón, ensordecedor. Me quité el casco. Me hice daño en el cuero cabelludo, porque debido al sudor el pelo se me había apelmazado y pegado al recubrimiento interior de plástico. Pese al dolor, la brisa llegó a mí como un sueño largamente esperado. El aire invadía mis pulmones, y me sentí renacer, como las criaturas que me rodeaban.

Casi inmediatamente, me pareció escuchar una serie de ruidos que se articulaban como voces. Cuando intenté esforzarme, desaparecieron, para volver medio minuto después. Así se fueron sucediendo murmullos y silencios, sin que en realidad pudiese afirmar que fueran conversaciones. Corrí por los montículos en busca de la fuente de aquel sonido en vano; aunque despacio, se alejaban.

Al final, atravesé un pequeño riachuelo y tras una gran peña lo vi: un río, bastante ancho, que reflejaba el sol de forma cegadora, bañaba la ladera de lo que parecía un primitivo pueblo, con chozas hechas con piedras disformes apiladas y techos de unas hojas enormes de color morado oscuro. Me sentí estremecer. Si aquello era un poblado, y

lo era, estaba sin duda habitado por seres inteligentes, no humanos, a juzgar por la extraña forma de los umbrales de las oquedades que hacían de puertas.

Casi en respuesta a mi pregunta, apareció un grupo de cuatro seres raros, de poco más de un metro de altura pero más anchos que yo, con rostros angulosos y una piel que parecía cuero, los colmillos superiores asomando sobre el labio inferior, vestidos con unas ropas desiguales en tejido y factura, y una asimetría general en todo el cuerpo, leve pero patente, que les hacía caminar de forma extraña y torpe. Uno de ellos tenía uno de los brazos considerablemente más largo que los demás, rematado por un apéndice irreconocible, que podía ser una mano hipertrofiada o algo aún más raro. Otro tenía el cráneo como aplastado hacia un lado, con un ojo seguramente inservible. Otro poseía un maxilar inferior ligeramente más grande de lo que cabía esperar, y sus colmillos se curvaban hacia adelante para dejarle sitio. Los cuatro, al verme, se sobresaltaron y me mostraron sus manos, casi humanas pero de uñas retráctiles como las de un gato, que hacían entrar y salir de sus alveolos acompasadamente. Tras unos angustiosos segundos que se me hicieron eternos, abandonaron su pose defensiva casi al tiempo y se miraron entre sí. Uno emitió una serie de vocablos articulados, que debido a su aspecto de bes-tezuelas me sorprendieron por lo elaborados y claros. Los demás respondieron, cediéndose la palabra, mirando todos al que en cada turno hablaba.

Poco a poco, un gran número de seres parecidos (nunca exactamente iguales) fueron llegando, unos salieron de las chozas, otros del río, otros aparecieron detrás de una enorme duna que había en la otra orilla. Algunos se unían a la

conversación, otros miraban a los conversadores, y aunque parecía que todo aquello era por mí, pocos me miraban directamente. Al final me senté, el agotamiento me vencía. Dos o tres trotaron hacia mí, asustándome, y al intentar levantarme me caí. Todos callaron y se acercaron lentamente. Dos de ellos me tendieron manos deformes y les seguí.

Me llevaron al centro del pueblo. Su parloteo me abrumaba y me mareaba. Allí unos cuantos, con sus cómicos andares, comenzaron a agrupar piedras de un gran montón en un claro, de forma que en cuestión de minutos habían construido una especie de choza para mí. No sabía si me acogían con una hospitalidad sorprendente o si me guardaban para la cena, pero como apenas tenía fuerzas, cedí. Alguno trajo un lecho de hojas secas y lo puso en el interior. Yo quise entender que se me invitaba a entrar y así lo hice. Mientras unos cuantos tapaban el techo, pese a sus fluidas y ruidosas conversaciones, me recosté y dormí.

Al día siguiente me despertó un enano de cabeza lobulada vestido de verde. Me traía en un gran recipiente cóncavo un montón de frutas junto con un alimento humeante que despedía un olor fresco como de hierba recién cortada. Comí agradecido, pues no había probado bocado en los días que había durado la lluvia. Las frutas y el objeto caliente me reconfortaron en un principio y me sentí vigorizarme, pero al cabo de unas horas me atacó un dolor de estómago e intestinos que me impedía siquiera andar derecho. Creo que hasta tuve fiebre, y no pude moverme durante el resto del día. Achaqué la indigestión a la comida que me habían servido, y sí debió ser aquello, porque no volví a comerlo nunca más (aunque no dejaron de servírmelo mientras estuve allí) y no se repitieron los dolores.

El tiempo que permanecí con ellos me limité a vagar de un sitio a otro contemplando sus actividades y pensando. Pensaba en mí, en lo absurdo de mi situación, en la impotencia que sentía por no poder resolver ninguno de los obstáculos que se me planteaban. También pensaba en mis anfitriones, un poblado de enanos parlanchines deformados que me habían adoptado sin hacer preguntas (o sí las hicieron, quién sabe) y me permitían una vida de holganza mantenida. Me alimentaban, me daban cobijo, y ni siquiera me forzaban a colaborar en nada. Quizá me tomaron como animal doméstico, quizá les resultaba curioso mi tamaño, o mi color, o mi simetría, de la que ellos carecían. Quizá también la hospitalidad era una ley ancestral que debían cumplir a rajatabla. De vez en cuando un grupo se me acercaba, me examinaban de arriba abajo con sus rostros desagradables, discutían entre sí acaloradamente y luego se iban. Su lenguaje era sorprendente, como ya he dicho, sobre todo comparando su fluidez y claridad con el aspecto físico de animal que tenían. Bien podían haber hablado en un idioma humano que yo no conocía, porque se articulaba en fonemas que yo podía reconocer, aes, efes, jotas. Pero nunca entendí nada, ni noté patrones, ni asocié vocablos a actividades concretas.

Les intrigaba mi casco. Nunca lo llevaba puesto, pero cargaba con él, temeroso de que la lluvia volviese. Puede que pensarán que formaba parte de mí, y algún curioso se acercaba a estudiarlo y se sorprendía al verse reflejado, ahuevado y estirado, en su superficie pulida.

Tampoco conseguí explicarme ninguna de las extrañas costumbres sociales de los habitantes del río, fuera de las obvias de la alimentación. Pero incluso en estos temas ha-

cían cosas raras. Era un pueblo eminentemente pesquero: siempre había varios grupos metidos en el agua, con raros enseres y lanzas puntiagudas, y entre parloteo y parloteo (eran febrilmente locuaces en todas sus actividades) sacaban una especie de moluscos grandes sin forma definida, llenos de tentáculos gordezuelos como dedos.

De estas jornadas de pesca no todo el botín se empleaba en alimentación. Cada cierto tiempo, un grupo almacenaba los palpitantes moluscos en un gran montón, algo alejado del poblado, y allí lo abandonaban. Durante días el montón se pudría y se reducía de tamaño al secarse, inundando la zona de olores repulsivos cuando el viento era favorable. Luego, tras un período de espera que no pude medir, alguien llegaba allí y devolvía el asqueroso material al río. Siempre había seis o siete montones de materia en descomposición tanto hacia arriba como hacia abajo de la ribera del río. Qué pretendían con aquella labor tan aparentemente fútil, nunca lo supe.

Una mañana, sentado en la orilla, contemplaba como un grupo de aquellos habitantes del río trabajaban en algo, con el agua por la cintura. Estaban afanados en algo parecido a la pesca, y no pude evitar preguntarles “¿Qué hacéis?”. Mi propia voz me sonó ronca y desigual, y en ese preciso instante me di cuenta de que era la primera vez que hablaba desde que murieron mis compañeros. Todos se volvieron, y en un principio supuse que su sorpresa se debía a que no sabían que yo también podía hablar. Uno de ellos se me acercó, girando la cabeza. Era feo, más que los demás: su rostro estaba arrugado en espiral, como tragado por un remolino. Lo repetí: “¿Qué hacéis?”, quizá para alimentar su curiosidad, o para aclararme la garganta. Se volvió y gritó

algo a sus compañeros, que ya se acercaban. Me rodearon, y la situación perdió lo poco que tenía de divertida. Me molestaba su interés, o su descaro, o su obscena fealdad. O envidiaba que tuviesen con quién hablar, o me asqueaba que fuesen tan absurdamente hospitalarios conmigo. Me incorporé, y empecé a vocear, cada vez más fuerte: “¡Qué hacéis!”, “¡Qué hacéis!”. Quizá perdí el control, y grité hasta que la garganta me dolió y me asaltó una tos dolorosa. Sentí un mareo y volví a sentarme sobre la fina arena. No quería verles y escondí mi cara entre mis manos, y así permanecí largo tiempo. Poco a poco, todos volvieron a sus tareas.

Días después, una de aquellas criaturas, mutilada (en este caso no era una de sus habituales malformaciones congénitas, sino más bien el resultado de algún combate o ataque de alguna bestia feroz), se acercó a mí portando un objeto de madera, como un libro. Con recelo fue poco a poco llegando hasta mí, y con un movimiento brusco, me tendió aquella cosa. No era un libro, como me había parecido inicialmente, sino una caja como si fuera un joyero, de una madera quebradiza y vieja, con un cierre metálico. El objeto tenía un aspecto remotamente humano. Con precipitación manipulé aquel cierre, que no cedió en seguida. Al final abrí la tapadera, y con un crujido y una nubecilla de astillas me mostró su contenido: un trozo de papel antiguo, amarillento, con el texto “...enido del alamb...” escrito con letra a mano alzada.

El corazón me dio un vuelco. ¿Cómo era aquello posible? Indudablemente, era un fragmento de algo escrito en mi idioma. Un texto humano, sin duda. Cuando miré al individuo, éste había tomado una rama y me pintaba algo en la

arena. Por más que se esforzaba, no conseguía entender lo que pintaba. Una especie de cuadrado, una elipse, y una línea curva que la rodeaba. Me miraba, decía algo precipitadamente, y volvía a repasar el dibujo una y otra vez, hasta que ya no se reconocía nada. Me señalaba más allá de las montañas, detrás de las que ya se había escondido el sol, y hacía gestos con su única mano, girándola, retorciéndola. Por más que lo intentaba, no podía entenderle. No entendía a nadie allí, y eso me fatigaba. De su boca salían aquellas palabras tan incomprensibles y tan definidas, y sin embargo sus labios y encías, con dientes amarillos y babas, me parecían tan animales y tan repulsivas como el primer día, si no más. Quizá me decía que aquel objeto provenía de las montañas, o del sol, o que hacia poniente vivían hombres, o que le gustaría que le llevase allí, o que el sol era el causante de que sólo quedase un trozo de papel escrito, o que me fuera volando en la primera ráfaga de viento. Era imposible. Le di la espalda y me alejé hasta unos matorrales bajos, que empecé a arrancar a patadas.

Una mañana, decidí irme. Aunque fue una decisión repentina, parecía que todo el mundo lo esperaba. Recogí lo poco que llevaba en mi mochila y abandoné la choza que amablemente me habían construido. Unos cuantos llamaron a los demás, y todo el poblado se fue agolpando en la plaza central. Todo un ejército de caprichos me contemplaba con curiosidad y, por primera vez, en silencio. Diseminados por toda la orilla del río, ninguno igual a otro.

Tal vez su disformidad era causada a algún mal, alguna enfermedad o tara genética, alguna debilidad heredada que evitara que la reproducción engendrara copias exactas de sus padres. O tal vez eran extremadamente sensibles a las

mutaciones. O que ésa fuera su manera de entender la existencia, mediante una distinción formal notoria, mediante un ápice de monstruosidad en cada individuo.

He hablado de reproducción, pero quizá fue un error mío al aplicar los parámetros que conocía a los habitantes del río. Durante todo el tiempo que permanecí con ellos, no vi en ningún momento crías (o niños, como se prefiera), ni relaciones familiares, ni actos de flirteo o de pareja, ni siquiera rasgos sexuales diferenciados (o al menos, no los supe interpretar como tales). Es probable que su forma de perpetuar la especie fuera otra que no alcanzo a vislumbrar.

Uno de ellos, cuando me alejaba, corrió hacia mí y me tendió una mano coriácea. En ella había una raíz, tallada toscamente, con una forma levemente humana. Quizá aquel ser, al que ni siquiera conocía, me había apreciado lo suficiente como para construirme una estatuilla. Se quedó allí unos instantes, haciendo un gesto raro con su cara. Yo, por supuesto, no supe qué decirle ni con qué gesto responder para demostrarle gratitud. En cierto modo, me sentí mal, porque en el fondo yo me iba por no haber superado mi incapacidad para comunicarme con ellos ni la repugnancia que me producían, porque no había sabido valorar suficientemente su hospitalidad como para dejar de verlos como monstruos o bestias. Al final se fue, no sé si decepcionado o comprendiendo mis limitaciones. Alcé la mano y alguno, en respuesta, hizo algún movimiento. Seguí la ribera del río, con un nudo en la garganta, despreciándome a mí mismo por mi ingratitud, pero incapaz de darme la vuelta y afrontar el asco. Me vi como un condenado arrastrando su condición de ser humano como una cruz, y en aquella autocompadecencia sentí cierto alivio. Du-

Terra Incognita

rante el camino tuve varias veces ganas de tirar aquel regalo al río, porque me pesaba en el alma como una losa, pero no lo hice.

ÁNGEL ORTEGA

Atravesé lomas y montes de arbustos bajos, hacia poniente. El individuo que me enseñó el trozo de papel señaló en repetidas ocasiones hacia este lado y a falta de un objetivo mejor fijé mi rumbo hacia ahí. Recogía frutas, no tan sabrosas como las que comí cuando mis compañeros vivían ni en el poblado de los habitantes del río, y de ellas me alimentaba, pese a que tenía un miedo permanente a encontrar la muerte con algún fruto venenoso o en mal estado. Afortunadamente, la naturaleza que se mostraba con tan poca piedad en otros aspectos me fue piadosa con la comida.

En días subsiguientes, tuve sueños extraordinariamente claros. Algunos eran meras pesadillas de persecución, que me hacían despertar muchas veces durante la noche. En otros soñaba que había vuelto a mi ciudad, y volvía a ver la nieve color ceniza cayendo perpetuamente en las calles, y daba clases de nuevo a un grupo de alumnos, de rasgos definidos, más claros de lo que jamás había conseguido recordar en rostros reales. Otro día tuve un sueño inquietante, en el que había encontrado a los que habían escrito el trozo de papel que vi. Ocurrió más o menos así:

Caminando por un bosque brumoso, sobre un cielo de luminosidad extraña, trazada de espirales de luz, hallé oculto tras un manto de vegetación un templo de piedra. Entré por una abertura en uno de los muros, y atravesé interminable

pasillos oscuros como en un laberinto. Al final, tras un recodo, hallé un ser de aspecto reptiliano y enorme talla. Se me identificó con un nombre que ahora he olvidado pero que recordé al despertar y me dijo que él había escrito el papel. Su mirada era increíblemente real, y sus ojos eran tan definidos que recuerdo perfectamente cada uno de los brillos y giros que hacía su iris caleidoscópico.

Me hizo seguirle y me llevó a una gran sala abovedada, donde sentados a una mesa había un conjunto de seres indescriptibles, de múltiples brazos y cabezas hocicudas, que parecían jugar a algo. Uno de ellos me invitó a unirme al juego; sobre la mesa había muchas cosas complejas.

—El juego consiste —dijo el ser de mirada penetrante— en lanzar esas piezas sobre el tablero. Según la cara sobre la que caigan, el símbolo pintado en ellas decidirá qué pieza has de mover.

—¿Y eso es todo? ¿Dónde está el reto? ¿Sólo cuenta el azar?

Las criaturas se miraron entre ellas con duda, para al final mirarme todas a mí. Me sentía absolutamente aterrado por su aspecto, y aunque me hubieran mostrado sus intenciones pacíficas estaban muy lejos de inspirarme confianza.

—En este juego tienes que asumir las cosas tal como te vienen —dijo mi interlocutor al fin— No tienes que decidir nada. Sólo lanza tus piezas y mueve según te ordenen.

—Sólo lanza tus piezas —murmuré para mí, y tomé los tres poliedros.

Sentí un escalofrío. Las piezas estaban extrañamente calientes, y vibraban con un zumbido apenas audible, como si cada una de ellas tuviese dentro un moscardón enloquecido. El tacto era profundamente desagradable, así que las

lancé con repugnancia sobre el tablero.

Con un sonido como de madera fueron rebotando hasta parar. Los dados anómalos mostraron un cono, un prisma trapezoidal y un cubo con agujeros triangulares en las caras. Algo en mi jugada hizo regocijarse a uno de ellos, o así interpreté el movimiento exagerado y repentino de sus muchos brazos.

Moví hacia adelante las piezas representadas en los dados, y mi ejército de palo se aproximó un poco a sus supuestos enemigos.

Así pasó mucho tiempo y apenas había ocurrido nada en el combate, y mientras mis compañeros de juego permanecían apasionados, yo me aburría mortalmente. No sabía cómo podía librarme de aquello, hasta que al fin dije:

—Tengo que irme —todos volvieron sus aparatosas cabezas hacia mí.

—Entonces debes dejar algo tuyo, si quieres abandonar el juego —dijo el que estaba a mi derecha, que no había hablado todavía.

Mal asunto, pensé. ¿Qué puedo dejar? Lo único que tenía era la tosca escultura que me regalaron los habitantes del río. Abrí mi traje y apenas la mostré, la más alta de las criaturas me espetó:

—¿Pretendes ofendernos con eso? Guárdatelo y vete para siempre.

La cavernosa voz de aquel ser me produjo un estremecimiento. No sabía cómo, pero les había ofendido profundamente, y no parecía interesante verlos enfurecidos. Me di media vuelta confundido y avergonzado y desanduve los infinitos corredores de piedra húmeda hasta volver a ver la luminiscencia boreal sobre mi cabeza.

Cuando desperté, estaba de pie, en un paraje que desconocía, batido por un viento salvaje que ululaba en los árboles, tiritando de frío. Mi improvisado catre de hojas y palos estaba muy lejos, no sabía dónde. Estaba al pie de un barranco recto como un muro, cuya parte superior se perdía entre las copas de los árboles altos. De alguna parte caía una pequeña cascada, retorcida sin piedad por el viento, que algunas veces me empapaba la cara de gotitas gélidas. Nunca supe cómo llegué allí, pues aunque hubiese andado varias horas sonámbulo, mi entorno no se parecía en absoluto a donde había estado y no podía encontrar el camino de vuelta. Dudo que hubiese caído mientras dormía por el barranco, porque la pared rocosa parecía suficientemente alta como para haberme roto algo, o al menos tener contusiones notables. Vagué aturdido durante un tiempo hasta que decidí tranquilizarme y guarecerme en alguna oquedad de la roca hasta que el día volviese o la tormenta cesara.

Apenas llevaba unos minutos durmiendo cuando un pensamiento horrible me despertó: mi casco. Había perdido mi casco. Si la lluvia ponzoñosa volvía, no tendría nada que hacer. Me levanté casi sin fuerzas y caminé en la noche, zarandeado por el viento, herido por las ramas restallando violentamente, dando con toda probabilidad vueltas en círculo. No recuerdo cuándo volví a tenderme a descansar o si es que perdí el conocimiento.

Desperté con el sol quemándome la cara, con el cuerpo entumecido. La cabeza me reventaba y tenía la garganta seca y dolorida. Estornudé varias veces: sin duda me había resfriado, o algo peor.

Me incorporé trabajosamente, con la nariz tapada y escozor en los ojos. Tratando de hacer memoria, me costó

distinguir qué había soñado y qué era real. Entendí que, definitivamente, había perdido el casco. También había perdido la figura de madera de los habitantes del río, que había manejado durante mi sueño. En aquella tierra de reglas arbitrarias, no estaba (ni estoy ahora) seguro de que haber aparecido en el sueño y haberla perdido no tuviese alguna relación.

Mi resfriado, o pulmonía, o lo que fuese, me duró mucho tiempo. Tuve momentos de fiebre intensa en que sufrí alucinaciones, arranques de tos que me hacían vomitar, un goteo continuo desde mi nariz y una perpetua sensación de presión en las sienes, todo esto durante casi un mes y medio. Aún en mi lamentable estado, tuve la firmeza de construirme, junto a una gran roca al pie del barranco vertical, una rudimentaria cabaña de troncos estrechos y unas enormes hojas moteadas como techo, que ha sido lo más cercano a un hogar que nunca haya tenido. Durante ese tiempo mi cabeza se serenó y pude de reordenar mis recuerdos y construir mentalmente un esquema de lo que luego está siendo el relato que ahora cuento, recapitulación que más tarde tuve que volver a hacer debido a una horrible experiencia que contaré cuando corresponda.

Un día, no repuesto del todo de mi enfermedad, escuché un ululante sonido, como el de un enorme cuerno de caza, que parecía provenir de la cima de la pared de piedra. Esperé varios días hasta volverlo a oír, más nítido, como si su fuente estuviese más cerca. No era, casi con toda seguridad, algo emitido por ningún animal salvaje, sino algún mensaje acústico de un ser inteligente. Se repetía a intervalos cada vez más cortos, inicialmente durante días, finalmente cada una o dos horas. No siempre parecía más cercano; se

alejaba, se acercaba. Lo escuché por última vez ya de anochecido y me recordó el barritar de una especie de elefante o rinoceronte, con un timbre nasal de clarinete bajo que resonaba con eco en todo el valle.

Ahora estoy convencido que el sonido era una señal de alguien previniendo a otros de lo que apareció después.

Me despertó un bramido continuo, como el de un temblor de tierra. Así permaneció durante minutos, y cuando empezaron a rodar las primeras piedras salí fuera de mi choza por miedo de quedar sepultado por algún desprendimiento de la montaña. Al monótono zumbido le seguían, cada vez más cercanos, estampidos como de árboles que caen con grandes crujidos. Sentí terror, y aunque ya esperaba cualquier cosa de aquel lugar, el pánico se apoderó de mí cuando llegaron.

Al principio vi un grupo de dos o tres, e inmediatamente otro de seis o siete. Eran una especie de insectos, del tamaño de una mano abierta, con forma de cangrejo o escarabajo, de un sorprendente aspecto dorado o metálico, como delicadas joyas articuladas. Avanzaban emitiendo reflejos cegadores, palpando todo con sus pequeñas antenas como agujas. Su número aumentaba repentinamente y empecé a asustarme. En minutos el suelo se alfombró de aquellos bichos raros, y decidí huir cuando uno de ellos estuvo a mis pies e intentó atacarme con sus afiladas pinzas.

Troté siguiendo la pared rocosa, sin dejar de mirar atrás. Ciertamente no eran rápidos, pero se extendían como una inundación de cobre líquido. Al fondo, entre la bruma, veía caer árboles enteros, roídos desde sus bases, entre profundos estruendos y el intenso zumbido que iba en aumento. No estaba seguro de si eran sólo herbívoros o si acababan

con todo, pero no quería comprobarlo en mis carnes. Continué hasta que alcancé un altísimo barranco, al que nunca había llegado, que se alzaba sobre una enorme planicie de bosque verde. No podía seguir por ahí; volví sobre mis pasos hasta una parte del muro que me había parecido practicable y trepé, no sin dificultad, hasta una cornisa casi plana y ahí me senté a mirar.

Hasta donde llegaba mi vista, y aunque desdibujado por la fina niebla, todo era un manto vibrante de color amarillo oscuro, rugiente, que fue carcomiendo la vegetación poco a poco, hasta que sólo alcancé a ver unos pocos árboles que por su gran diámetro resistieron el ataque. Muchos insectos continuaron por el camino que yo había tomado antes y cayeron por el barranco; desde el otro lado debía divisarse, imaginé, una catarata de patas, élitros y antenas en oro viejo, que se remansaría en un enorme charco de inmundicias malolientes al fondo. Alguno de ellos llegó a trepar por la pared, casi vertical, aunque siempre acababa cayendo sobre sus congéneres y desaparecía entre la lenta estampida.

Cuando empecé a sentir hambre (unas horas después), la plaga comenzó a perder espesor y volví a ver la superficie en algunas partes. El espectáculo era escalofriante: el bosquecillo se había convertido en un erial, el mantillo de hierba devastado, los troncos desnudos desparramados por el suelo, todo ennegrecido como después de un incendio, exhalando un fino vapor o humo. Nunca se fueron del todo; aunque permanecí allí medio día más, siempre quedaba algún rezagado royendo el codo de alguna rama caída.

Cuando me sentí a salvo, bajé. Recorrí el desierto durante largo tiempo, intentando entender cómo aún existían bosques en aquella tierra esquizoide que resistían la

invasión de aquellas bestezuelas que todo lo arrasaban. El suelo mismo estaba calcinado, como cubierto de una capa de ceniza blanca. Semioculto entre unas piedras encontré el sanguinolento esqueleto de algún animal, que no pude identificar, que en vano había tratado de escapar de una muerte seguramente horrible. Eran predadores, imparables como una marabunta de tarántulas, y sentí un escalofrío al pensar la suerte que había podido correr. A unos metros vi uno de ellos. Parecía inofensivo allí, tan brillante y delicado como un brazaletes. Envalentonado, le pisé.

Pero lo más sorprendente de todo fue lo que sentí entonces. Era muchísimo más duro de lo que había pensado; fue como pisar una piedra y me hice daño. Di un par de pasos en círculo, a la pata coja, frotándome el tobillo. Y aunque el insecto había quedado medio enterrado en el suelo reblandecido, con varias patas quebradas, se erguía como podía blandiendo sus antenas enloquecidas y sus relucientes mandíbulas, emitiendo un ruido desagradable como un castañeteo.

Volví a la carga y continué pateándole y pisoteándole hasta que se mantuvo inmóvil. Pese a su aspecto, no era un insecto, sin duda alguna. Tenía las mismas patas y antenas tubulares, un cuerpo segmentado con cabeza y un abdomen rechoncho, pero era anómalamente resistente, como si fuese realmente de metal.

Movido por la curiosidad, intenté abrirlo, para ver cómo era por dentro. Lo conseguí después de muchos intentos, no sin destrozarlo casi completamente. No era metálico porque ejerciendo la fuerza suficiente su caparazón no se doblaba, sino que se partía, y se podía percibir una especie de telilla fibrosa que parecía tejer su armadura. Por dentro,

donde debía haber intestinos y vísceras, era todo una extraña masa esponjosa de aspecto húmedo, que cedía a la presión de un palo y que lentamente recuperaba su forma original. Las patas, en su exterior, eran del mismo material que el caparazón del cuerpo, y estaban rellenas sólo de un gran nervio elástico, cubierto de un líquido espeso y maloliente como sangre coagulada, de color parduzco. Las antenas no parecían rematadas de ningún órgano táctil, sino que acababan en una punta afilada, que calaba la madera sin esfuerzo. Al apretar una parte de la esponja interior, algo más densa que el resto, las antenas parecían reaccionar y recogerse, para volver a su estado anterior al cesar la presión. Todo el animal pesaba menos de lo que aparentaba, y al tacto también tenía el frío del metal.

Después de vagar por allí, al atardecer, decidí retornar a la pared donde me había refugiado y trepar más allá, ya que no había quedado nada de lo que me pudiese alimentar. Recuperé mi posición sobre la cornisa y allí contemplé un anochecer rojizo y entristecedor, hasta que el sueño me venció con calma, como hacía mucho que no me llegaba. Una vez desperté en esa noche y encontré uno de los insectos trepando por mi pierna; de un manotazo le tiré por los peñascos abajo. Creo que no lo soñé.

A la mañana siguiente estaba envuelto en niebla. El día anterior ya había estado empañado con una neblina tenue, pero apenas me había fijado en ella durante la invasión de los insectos. Ese día, no se podía ver a diez pasos. Sentí una especie de desasosiego al pensar que si en aquel mundo la lluvia podía ser tan letal, qué no ocurriría con la niebla. Afortunadamente, no sólo no me trajo nada malo, sino unas extrañas presencias no hostiles en las que tardé en reparar.

Comencé a trepar por la montaña, y excepto en algunos puntos conflictivos, la subida fue más cómoda de lo que cabía esperar. La niebla lechosa me ayudaba a superar el vértigo ocultándome la visión del vacío que había a mi espalda, y aunque tenía hambre, tenía una sensación general de satisfacción al ver que subía con aparente facilidad.

Cuando paré a descansar, me di cuenta de que la niebla no era absolutamente homogénea. En algunas partes parecía arremolinarse y formar zonas definidas más espesas, que iban y venían como mudos torbellinos. Poco a poco, fui percibiendo con mayor claridad aquellas imperfecciones, y noté que su comportamiento era el de un ser vivo. Se acercaban entre sí, corrían hacia un lado, volvían a juntarse, como un grupo de niños curiosos que cuchichearan. A veces, y coincidiendo con las agrupaciones, podía escuchar como unos sonidos muy leves y extremadamente agudos, que bien podían ser conversaciones. Así conocí a los que llamé Habitantes de las Brumas.

Eran huidizos y casi incorpóreos. Cuando querían, y supongo que venciendo su natural timidez, se materializaban ante mí como unos seres casi antropomorfos, con un aparente punto de luz en el centro como una cabeza casi esférica. Creo que se manifestaban así intentando parecerse a mí, porque no creo que un ser hecho de humo necesite realmente una cabeza sin sesos ni boca, o unos brazos que no pueden ni precisan asir nada. Lo cierto es que así aparecían, brotaban de una especie de torbellino y se formaban cuidadosamente ante mí, agitándose vaporosamente e inspeccionándome.

Continué subiendo y llegué a una meseta. Durante varios días estuve allí, acompañado por aquellos misteriosos seres.

La primera noche la pasé casi en vela, temeroso de que su pacífica actitud se tornara agresiva en cuanto me quedase dormido. Casi amaneciendo no pude aguantar más y dormí unas horas. No me hicieron nada, al despertar encontré a dos de ellos delante de mí, observándome con su silencio perpetuo. Un día amaneció soleado y ellos ya no estaban. No obstante, volví a verlos varias veces después, siempre con su comportamiento escrutador y curioso, como exentos e ignorantes de las crudas leyes de aquella tierra rara.

La meseta era un erial. No había, en apariencia, más seres vivos que unos escasos y dispersos matorrales de los que brotaban unas bayas rojas insípidas pero jugosas que me sirvieron de alimento. Excepto esto, todo era un cuadro confuso de marrones, dorados y amarillos, aglutinados en piedras quebradizas, riscos redondeados y montañitas grotescas con forma de túmulos.

Caminé por el desierto varias semanas, protegiéndome del calor al mediodía refugiado bajo las piedras que reposaban en equilibrio casi imposible, y oculto en oquedades durante la noche para huir del frío. En todo aquel tiempo el clima no cambió un ápice; ni llovió, ni vi nube alguna, ni sopló el viento. A menudo podía escuchar el sonido de mi propio torrente sanguíneo, mis pasos, mi respiración. Todo estaba envuelto en una calma espesa, acentuada por una perpetua capa de polvo apenas perceptible flotando hasta un metro del suelo, como una neblina, que desdibujaba los objetos lejanos. Una sensación de leve sopor me invadía. No sé si había algo en la atmósfera que me provocaba aquel adormecimiento, y por eso no puedo decir con seguridad el tiempo que permanecí allí, pero no sería menor a, como he dicho, varias semanas.

El terreno, aunque generalmente plano, estaba cruzado a menudo por profundas grietas rectas, de bordes escarpados, con aspecto de ser causa de algún cataclismo. Eran hondas simas, de unos cien metros de anchas, con gargantas oscuras y amenazadoras. Desde que vi la primera las temí; no imaginé que luego acabase arrojándome a una de ellas.

Uno de aquellos días, sin previo aviso, escuché un enorme estruendo detrás de una pared rocosa. El ruido era raro, como un chirrido con algo de trueno; de improviso surgió, con la rapidez de un reptil, un horrible ser gigantesco, como un edificio mediano.

Su estructura era casi indescriptible y de pesadilla, tanto que creí que el cerebro se me iba a destrozarse y salirse por las orejas. Era una especie de masa con patas, altas como árboles, dispuestas en forma radial como una araña o un cangrejo. Cada una de estas patas era disforme, unas más carnosas, otras más quitinosas, con dos articulaciones. Se hundían en un cuerpo masivo, como un enorme pegote de tejidos y colores heterogéneos, pulsante y húmedo, cubierto por todas partes de palpos pequeños con una actividad febril. A lo largo de la estructura de aquel cuerpo había agujeros, en todo semejantes a anos, que emitían continuos estampidos malolientes, rodeando otros más alargados y recubiertos de pelo, alarmantemente parecidos a vaginas. También vi ojos, no recuerdo realmente dónde, y bocas, dispuestas de igual modo en ubicaciones anómalas. Al percibir mi presencia emitió un grito agudo y escalofriante.

Aun con su monstruoso y animal aspecto, algo en mi interior me lo hacía aún más horrible: tenía la inexplicable sensación de que, de algún modo, aquello era un ser humano modificado.

Cargó contra mí casi inmediatamente; el golpeteo frenético de sus enormes patas hacía temblar el rígido suelo. Tan aterrado estaba que no reaccioné en seguida; dos de sus garras o quelíceros se me echaron encima y me atraparon por los costados. Pude sentir, sin dolor inicialmente, cómo se clavaban en mi carne y tropezaban con mis costillas, mientras sin esfuerzo me elevaron a unos cuatro metros.

Intenté zafarme como pude de su abrazo mortal, aturrido por sus chillidos, y tras desclavarme de sus garras caí al suelo. Pese a que traté de tomar tierra correctamente sentí como si mi rodilla izquierda se astillara. Un dolor agudo saltó hasta mis sienes; por mis costados la sangre brotaba como una fuente. Una pinza, surgida de quién sabe dónde, trató de atraparme, pero rodé y logré esquivarla. Desde ahí pude ver la parte inferior del monstruo: era un amasijo irreconocible de estructuras orgánicas en puro caos, tubos, pelos, incluso creí ver algunos penes atrofiados.

La pinza oscilaba de un lado a otro a una velocidad endiablada, y varias veces me rozó hiriéndome. Algo duro y espinoso me golpeó en la cara, impidiéndome ver claramente. En unos cuantos pasos muy rápidos se situó sobre mí y volví a ver su vientre infecto, lleno de ruidos vibrantes y de alientos hediondos, esta vez sobre mí. Saqué fuerzas del terror, me arrastré, me incorporé y salté a la sima más cercana, prefiriendo una muerte rápida a continuar con aquello. Debí golpearme en la cabeza y me sumí en las sombras.

Llevaba, al parecer, varios meses cuando empezaron a curarse mis heridas. Puedo recordar de entonces retazos de imágenes, seres escrutándome, lluvias torrenciales y grandes transiciones de temperatura, pasando de un calor abrasador a un frío paralizante.

Lo primero que recuerdo con cierta nitidez eran unas inmensas frutas que colgaban sobre mi cabeza, de colores vivos, del verde esmeralda al rojo ladrillo, que rezumaban un líquido denso que gustaba mucho a los insectos, dadas las nubes de ellos que revoloteaban a su alrededor. Algunos pájaros también se sentían atraídos por los frutos, pero sólo parecía ser curiosidad lo que les motivaba a posarse sobre las ramas y olisquear, para marcharse inmediatamente después.

Recuerdo también haber tenido mucha sed cuando desperté. Este despertar fue gradual, y quizá formado por períodos de recaída, pues estos momentos de sed desesperante se alternaban con otros de mejora, en que casi deseaba levantarme, pese a resultarme completamente imposible.

Alguien cuidó de mí en el vergel. Como dije, recuerdo seres mirándome con sorpresa, pero apenas los recreo como sombras difusas; quisiera poder saber qué eran, al menos para saber con quién sentirme agradecido. No habría aguantado mucho en mi estado, y a ellos les pareció pertinente por alguna razón que yo no muriera. Sí podría afirmar casi

sin dudarle que eran varios, pero no estoy absolutamente seguro.

El día en que conseguí incorporarme era por la tarde. No era mi primer intento, desde luego, pero sí el definitivo. Sujetándome a un tronco sarmentoso que había estado siempre a mi derecha me puse en pie, mientras un dolor espantoso en las piernas, rodillas y espalda intentaba hacerme desistir. Al adoptar la posición erguida, miré a mi alrededor, tratando de mover la cabeza lentamente para no perder el equilibrio; ante mí sólo había floresta, una maraña de árboles de muy diversas formas dispuestos asimétricamente. A mi izquierda había una grieta en el lecho de lo que tomé por las grandes raíces en las que había estado tumbado, pero que al asomarme descubrí no eran tales, sino unas gruesas ramas suspendidas a una altura que no pude determinar. Hacia abajo veía copas más bajas, nidos de pájaros y frutas, igual que hacia arriba. Era una interminable pila de árboles con las raíces en las copas de otros. En mi estado no pude adivinar en qué parte de esa serie estaba; no podía ver ni el suelo ni el cielo, aunque una luz fosforescente, ocasionada seguramente por la luz filtrándose a través de cientos de hojas de distintos colores, me permitía distinguir el día de la noche.

Junto a mí, y enclavado sobre las ramas que habían sido mi catre durante tanto tiempo, brotaba un árbol muy recto de proporciones gigantescas, de corteza dura y de tono grisáceo, con la lejana copa coronada por una serie de árboles retorcidos parecidos a encinas, que hacían confusa toda la techumbre de vegetación.

Salvo los pájaros y los insectos, no podía ver ninguna otra traza de vida animal. Quién me había llevado hasta

allí y porqué, nunca lo supe. Cuando recibí el ataque de aquella horrible bestia, que me provoca sudores fríos cada vez que intento recordarlo, no había en derredor ningún bosque, y mucho menos un vergel como aquél. El transporte de mi cuerpo tan lejos y a aquella altura debía haber sido algo tremendamente trabajoso para cualquiera, por ágil y fuerte que fuera; sólo tratar de imaginar la respuesta a estas preguntas tan impertinentes me daba náuseas.

Tenía hambre, pero también tenía que haber sido alimentado de alguna forma, y no con los frutos que colgaban encima de mí, pues no habían sido tocados durante mi convalecencia. No obstante, si alguien había decidido mantenerme vivo, era lógico que me hubiese ubicado en algún lugar donde darme de comer no implicara grandes viajes.

Caminando por la rama (que salvo las ocasionales grietas, podía haberme parecido suelo firme), llegué a una zona donde otras ramas, de marrones más oscuros, se cruzaban sobre mí. De algunos tallos menos leñosos que de ellas nacían colgaban una especie de albaricoques tan grandes como mi cabeza. Al verlos tuve la impresión de que me eran familiares; confié en que aquello fuese el recuerdo de haberlos comido durante mi cura y no sin gran esfuerzo arranqué uno de ellos. Tras pelarlo trabajosamente, lo probé; aunque era ácido y un poco agrio, me pareció dulce y jugoso y fui comiéndolo a trozos pequeños. De inmediato me sentí vigorizado, y tomando un pedazo y dejando el resto al pie de donde lo había tomado, seguí recorriendo la rama, pues mi intención no era en absoluto quedarme toda la vida colgado de las alturas.

La rama se fue estrechando hasta que tomó la anchura de

unos seis o siete cuerpos humanos, en que pude ver dónde terminaba. A unos cuantos pies por debajo cruzaba otra rama, que me llevaba más hacia la izquierda y se perdía en la espesura. Opté por seguirla, pero no en ese momento, pues los varios cientos de pasos que había dado me parecían varias jornadas de viaje. Retrocedí hasta donde no veía el vacío a ambos lados (no muy lejos) y apoyado en una pared arbórea me recosté.

Traté de ordenar mis ideas acordándome de las distintas etapas de mi viaje, por si alguna vez me veía obligado a contarlo. De algunas de ellas apenas podía recordar nada; otras en cambio estaban frescas en mi memoria. ¿Cuánto tiempo había pasado? Imposible saberlo. Sólo me sentía enormemente estúpido, como si todo lo malo que había ocurrido fuera culpa mía.

La noche me asaltó con una fiebre convulsiva y unos sueños cíclicos, en los que estaba sujeto precariamente por unas lianas pendido en el vacío, mecido sin piedad por un viento caliente y furioso. Estos sueños se sucedieron casi hasta el alba, en que envuelto en sudores fríos sentí que la calma me iba dominando.

El sol debía estar en el cenit cuando desperté, por cómo incidía la luz sobre los troncos que me rodeaban. Me sentía mucho peor que el día anterior (si es que había pasado sólo un día, que no estaba seguro), pero intenté seguir el plan trazado, intentar alcanzar aquella rama que pasaba por debajo de mí varios metros más allá.

Me acerqué hasta allí y me pareció una hazaña mucho más heroica que la vez anterior. La rama estaba increíblemente lejos, y al contrario que las actuales, era bastante más redondeada, mostrándome una superficie peligrosa-

mente curva, sobre todo para saltar sobre ella en el estado en que me encontraba. Pero de ninguna manera pensaba quedarme allí, y estaba realmente harto para ponerme a buscar un camino alternativo.

Me senté a horcajadas en la rama, y me apoyé entero en ella, reposando la cara, sintiendo rezumar la humedad. Poco a poco me fui girando hacia la izquierda y separando esa pierna de la rama intentando alcanzar la inferior. La mano derecha me fue doliendo cada vez más según iba volcando todo mi peso sobre ella. La rama inferior se acercaba centímetro a centímetro, pero cada vez dudaba más poder soportarlo. Traté de sacar fuerzas de flaqueza y que mi mano aguantara, pero no las tenía. Tuve la sensación apremiante de que era mejor volver arriba; tenía que intentar recuperar mi posición anterior, ya no podía más.

Traté con el pie derecho, clavándolo en el tronco, de aliviar la presión de mi mano, que ya apenas sentía. Angustiado cambié de idea; si no podía volver a sentarme sobre la rama, no quedaba más remedio que jugármelo a una carta e intentar alcanzar la rama inferior. Todas estas dudas resultaron fatales.

Rozaba ya mi destino con la punta del pie izquierdo cuando mi brazo derecho falló. Me sentí como un peso muerto en el aire y vi pasar como una mancha borrosa mi rama deseada. Caía.

Quizá la adrenalina me proporcionó una sensación de percepción muy superior a la que había tenido en mucho tiempo. Aún rápido, podía ver con claridad cómo cada una de las hojas quedaban más arriba, rodeado de crujidos de ramas rompiéndose y de graznidos de pájaros que huían despavoridos del estruendo. Sentí golpes por todas partes,

casi simultáneos, pinchazos y latigazos.

El impacto final me llegó como ruido y no como dolor; éste llegó instantes después, probablemente cuando mi cuerpo se dio cuenta realmente de que era ahora cuando tenía que doler. Miré mis brazos y los vi llenos de sangre, y dos dedos de mi mano izquierda ya no estaban, aunque aún me parecía tenerlos. No podía moverme, y me sentía como ensartado en un colchón de clavos, hecho que confirmé, al ver que había caído boca arriba sobre una rama extraordinariamente rugosa, cubierta de unas púas como de medio centímetro de largas. Quizá consciente de la gravedad de la caída, primero me alegré por seguir vivo y después por no haber perdido la vista.

Pero segundos más tarde me llegó la desesperación y lloré. Estuve llorando varios minutos, hasta que creo que perdí el conocimiento.

Ya despierto, después de otros agitados sueños febriles, decidí volver a luchar por la vida, o por lo que me quedara de ella. Repasando el estado de mi cuerpo como lo hace un capitán al estudiar su barco tras una terrible tormenta, descubrí que no podía mover la pierna derecha, aparte de la horrible comezón que sufría en la espalda por los pinchazos y de los dedos de la mano que había perdido. Me consolé pensando que al menos eran el meñique y el anular, que no se usaban demasiado, y que la herida parecía haberse cerrado, pese a lo traumático de haberlos perdido de cuajo.

Haciendo fuerza con mi pierna izquierda me desclavé del tronco, con el dolor de mil pirañas mordiéndome la carne. Ciertamente mi otra pierna no respondía, como si no fuese mía. Estaría rota, o algo peor. Arrastrándome llegué

hasta otra rama, fundida a la primera, pero cuya superficie era mucho más lisa y menos dolorosa.

Decidí tomarme mi recuperación con calma, como quien nace y crece. Para mantener mi cabeza serena me propuse marcar los días y las noches transcurridos y cantar canciones todas las mañanas.

Mi pierna comenzó a poder moverse entre la noche del día dieciocho y la tarde del diecinueve. Al contrario de lo que me había ocurrido siempre, me parecía que contando los días pasaban más deprisa. Algunos pájaros con desfachatez se posaban delante de mí casi todas las tardes, me miraban y luego se miraban entre ellos, como esperando que alguno diera con la razón por la que yo estaba allí. Siempre eran los mismos, de colores amarillos y rojos, con picos anaranjados. Llegué a tomarles cariño y les echaba de menos en las tardes que no venían. Les puse un nombre a cada uno que ahora he olvidado, pues podía distinguirlos, tenían rasgos en sus caras, unos más regordetes, otros más serios, otros más inteligentes.

El vergel era honesto contigo si tú lo eras con él; podía ser muy injusto si pedías cosas que no te correspondían. Pero tenía presente que algún día solicitaría bajar y me sería concedido.

ÁNGEL ORTEGA

La esperanza me llegó con la forma de un globo de gas.

Un día, errando por las ramas más altas y mirando el horizonte, algo esférico, enorme, apareció ante mis ojos. Era como una gran cebolla, medio translúcida, con largas tiras verdes que colgaban, flotando en el aire arrastrada por el viento. Observé cómo se deslizaba y subía según las corrientes de aire; cuando casi desaparecía por la izquierda, otra, más grande, surgió casi del mismo sitio, e inmediatamente dos más.

No tenía ni idea de qué eran aquellos objetos; parecían grandes globos o medusas. La tarde entera estuve contemplándolas ir y venir, y durante todo el día siguiente también. Inicialmente pensé que se trataba de animales y recelé de ellos, ocultándome cuando su proximidad era peligrosa, pero más tarde deseché esa idea. Serían más bien semillas o polen de algún árbol que aún no había visto, esparcidas por el aire a modo de reproducción como el diente de león o como los cocos que viajan flotando de isla en isla.

Su tamaño aparente (no podía calcularlo con facilidad debido a la falta de puntos de referencia fiables) era enorme; quizá unos seis o siete metros de diámetro. Algunas carecían de las ramas colgantes y otras sin embargo mecían largas colas verdes que doblaban y triplicaban su longitud. A veces se quedaban enganchadas en alguna rama du-

rante horas hasta que otra ráfaga de viento más fuerte las arrancaba.

Si no las había visto hasta el momento probablemente era porque había llegado la estación de reproducción para la planta en cuestión, si es que se trataba de semillas. Y si así era, supuse que un día desaparecerían, hasta que el ciclo volviera a repetirse.

La idea de usarlas como medio de transporte se me ocurrió casi nada más verlas, pero pasaron muchos días hasta que reuní el valor y las fuerzas necesarias para intentar llegar hasta ellas. Debido a la infraestructura del vergel, era muy posible que el camino hasta ellas fuese infranqueable para mí, y mi mente se resistía a sufrir otra decepción.

Construí una especie de petate con una gran hoja verde oscuro y lo rellené con muchas de las frutas que ya conocía para alimentarme en caso de poder emprender mi viaje aéreo y una mañana eché a andar por el techo de follaje.

No era fácil encontrar el origen de aquellas esporas gigantes; tan pronto el aire bullía de cebollas voladoras, como el aparato genital que paría las enormes bolas descansaba durante horas y sólo me quedaba como referencia un difuso hueco entre la vegetación. Quizá mi búsqueda duró un par de semanas, hasta que al final, detrás de un tronco, apareció mi objetivo.

En efecto, era lo que había supuesto. Los grandes globos eran eyectados por un gigantesco organismo vivo, menos parecido a un árbol que a una especie de col, con una textura húmeda y palpitante. Era realmente enorme, a la medida de los árboles del vergel, y su forma recordaba vagamente a una pera invertida o a una bombilla. Varias capas como hojas caían a ambos lados de un grueso tallo carnoso, del

mismo aspecto que el de las esporas que expulsaba. En la parte superior, donde empezaba la gigantesca cúpula, había grandes hendiduras pulsantes, rematadas por una especie de pelos de mi tamaño. En ellas se formaban (más bien surgían) las semillas voladoras como de un doloroso parto, soltando un líquido transparente y pegajoso que se derramaba a borbotones por las paredes del inmenso gineceo.

Mi alegría, y con ella mi ansiedad, fue en aumento al ver que no era demasiado difícil alcanzar la bóveda. Sólo tenía que llegar hasta el final de una enorme rama leñosa que se alzaba a apenas un par de metros sobre una parte de la superficie curva. Sólo quedaba la duda de si el material que la formaba era resbaladizo o me permitiría algún tipo de amarre; si no conseguía agarrarme, bajaría como por un tobogán hasta una caída de muchos cientos de metros.

De nuevo tenía que jugarme el todo por el todo; pero no había otra solución. Recorrí la rama casi corriendo y llegué casi al momento al extremo. No eran un par de metros, sino algo más; mi apreciación había sido optimista. Quizá eran cuatro o cinco. Pero algo en mi interior me animaba a saltar, ocurriese lo que ocurriese. Casi una voz externa a mi cabeza me dijo: sálvate o mátate de una vez.

Salté, claro. Ya en el aire mi caída pareció una eternidad, y me dio tiempo a arrepentirme varias veces. Distráido entre pensamientos, toqué la superficie de la planta y ésta cedió como un corcho.

Me hundí hasta las axilas, y un profundo olor me emborrachó los sentidos, una mezcla entre desagrado y embriaguez placentera como de almizcle, cuando la savia me empapó la cara. Al sentirme clavado en aquella especie de carne y recordar mi preocupación entre resbalarme o su-

jetarme, no pude evitar que la risa me asaltase sin poderla casi controlar. Allí estuve un buen rato riendo a mandíbula batiente, inmovilizado por lo cómico de mi situación. Al final, trabajosamente, salí de mi agujero. El interior de la planta se parecía más que nunca a una cebolla, aunque quizá sólo había perforado superficialmente la epidermis.

Estudié detenidamente el proceso de generación de los globos. Aquella especie de vaginas se abrían de repente en lugares insospechados, como si no se tratase de un órgano especializado sino de una simple rotura en la capa exterior. En pocos minutos se desarrollaban los pelos, que como ya comenté, llegaban a tener mi altura; otros pocos minutos después, una bola más grande que mi cabeza aparecía, envuelta en una maraña de cintas verdes parecidas a raíces.

El crecimiento de las esporas era también vertiginoso: apenas un cuarto de hora o así tardaban en tomar su tamaño definitivo. Sí eran de unos seis o siete metros, como había calculado. Quedaban oscilando un tiempo sujetas por el resto de las cintas verdes que habían aparecido con ella (y que luego algunas conservaban cuando emprendían el vuelo), y al final se desprendían suavemente. Poco a poco, la abertura se cicatrizaba y se cerraba, aunque los pelos oscuros permanecían ahí.

Debían ser extraordinariamente livianas, pero aunque allí encima soplaba una ligera brisa, no parecía a simple vista suficiente para hacer volar a aquellas inmensas moles.

Aún dudé un tiempo antes de elegir la que iba a servirme de transporte; seleccioné varias entre las que tenían más pobladas y resistentes sus raíces planas, y me decidí por una.

Cuando casi la vi completamente formada, me abrí paso entre los pelos y las raíces y, casi suspendido sobre la aber-

tura, empecé a atarme por las axilas y la cintura hasta que me sentí suficientemente sujeto. Esperé a que la espora se soltase por sí sola, pero cuando vi que empezaba a atardecer, opté por hacer fuerza con los pies para forzar el desprendimiento.

Al final, casi inesperadamente, las tiras verdes cedieron y mi transporte se elevó vertiginosamente hacia arriba. Vi alejarse la planta como si estuviese montado en un cohete; desde allí, las aberturas y las esporas parecían enormes ojos, con sus párpados, globos oculares y pestañas. La sensación de elevación tan brusca me provocó una náusea tan fuerte que no la pude contener; vomité ahí, al vacío casi infinito, mientras subía velozmente hacia el cielo.

Así estuve subiendo un buen rato; otras bolas me acompañaban y parecían formar parte de una bandada junto a la que me portaba. El vergel quedó abajo, muy abajo, casi era una alfombra uniforme. Cuando cayó la noche, ya no se veía absolutamente nada y la opresión que sentía en el vientre me abandonó, ya que dejé de sentir que estaba volando a cientos de metros colgado por unas cintas endebles de una enorme semilla flotante.

Apenas concilié el sueño unos cuantos minutos seguidos en toda la noche, sumido en un duermevela que no me proporcionó ningún descanso. Cuando empezó a clarear descubrí que las otras semillas que me escoltaban ya no viajaban a mi alrededor; de alguna forma habían tomado una corriente de aire alternativa o se habían enganchado en algún sitio.

Así, sin que ocurriese nada digno de mención, viajé durante dos o tres días, con un desagradable nudo en el estómago que me impidió probar los frutos que tan cui-

dadosamente había recopilado, hasta que un día el vergel desapareció súbitamente bajo mis pies, dando paso a praderas verdes y a lomas de algo parecido a cereales.

Poco a poco y en grupos al principio esporádicos, podía ver manadas de seres vivos avanzar hacia poniente. No distinguía apenas nada, pero sin duda se trataba de rebaños homogéneos de animales diferentes, con colores y tamaños distintos. Por doquier se veían esta especie de migraciones; de alguna forma yo también viajaba en la misma dirección.

Una mañana, según la negrura me abandonaba, descubrí que la altura a la que volaba había bajado alarmantemente. Quizá veinte metros a lo sumo me separaban del suelo; y con miedo casi podía sentir que en realidad estaba bajando o cayendo. Miré hacia arriba y la superficie antes tersa de mi vehículo vegetal se había convertido en una textura semejante a una bolsa de papel arrugada. Volví a temer por mi vida, pero por suerte fue poco tiempo; un súbito soplo de aire precipitó la semilla contra el suelo y bajé casi como en caída libre.

Aunque me sentía maldito por la mala suerte, también debo reconocer que la fortuna me acompañaba; me estrellé en diagonal contra una duna y el choque hizo que las raíces que me ataban al globo, que tan firmemente me habían sujetado durante mi vuelo, se rasgaran con un chasquido. Rodé varios metros por la arena cuesta abajo y la cebolla tocó el suelo a unos pasos delante de mí. Rebotó extrañamente contra algo y remontó el vuelo con furia, libre al fin de mi lastre. Subió casi en vertical y desapareció en línea recta detrás de otra duna que había frente a mí. En ese momento, escupiendo la tierra que tenía en la boca, me asaltó un pensamiento: quizá las semillas de aquella extraña planta no

viajaban totalmente a la deriva, sino que de alguna forma podían controlar su vuelo, gobernadas por alguna especie de inteligencia rudimentaria. Quién sabe si aquel aterrizaje aparentemente tan oportuno no había sido también voluntad de mi vehículo. Obviamente, nunca lo supe; y no pude evitar sentir un germen de gratitud, si es que había sido así.

Subí por la duna, algo entumecido por llevar tanto tiempo inmóvil, y en su cima descubrí que estaba rodeado por manadas de las que había visto desde el aire. Me oculté inmediatamente, pero todos los animales me ignoraron. Una auténtica orgía de formas, tamaños y colores pasó por delante de mí en forma de animales; cuernos, patas, uñas y tentáculos en configuraciones inesperadas.

Pero todo aquello no era extraño en Terra Incognita; sí lo era, sin embargo, el hecho de que frente a mí, a unos quinientos metros, hubiera un montón de rocas como una especie de gran anfiteatro, distribuido sin duda por alguna mente inteligente. Me incorporé, mitad movido por el interés y mitad aterrorizado, y me acerqué. Alrededor de aquella estructura había ya varias manadas, y pude ver grupos de Habitantes de las Brumas burbujeando y levantando pequeñas nubes de polvo.

Poco a poco, según me acercaba (evitando a un grupo de tres o cuatro enormes paquidermos peludos que casi me aplastan), fui adivinando en el centro del anfiteatro una figura que me pareció humana. Mi ansiedad iba en aumento: sí, efectivamente, era un hombre.

Cuando estuve seguro y pude verle, vi que era un hombre vestido de sacerdote, calvo y muy alto, en una pose de reflexión. En vano le hice señas desde lejos; tuve que llegar hasta las primeras grandes piedras del anfiteatro y desgañi-

tarme para que alzase la vista hacia mí.

Al verme su rostro puso un gesto de sorpresa, pero que inmediatamente se borró. Parecía que su papel en aquella increíble reunión (porque ya estaba convencido de que era eso, una reunión) era importante y no podía perder la compostura. Salté por encima de las rocas y me dispuse a acercarme más a él, pero un movimiento de su mano me indicó inequívocamente que debía permanecer quieto donde estaba.

Una especie de música apenas audible inundaba el ambiente. Era como un murmullo, como cuando escuchas una conversación pero no puedes entender nada de lo que se dice; no reconocía notas ni instrumentos pero sin duda estaba allí.

En una media hora se congregaron tantos animales que me era imposible concebir su número: se oían resoplidos, gruñidos y respiraciones cavernosas por todas partes. El cielo estaba casi cubierto por enormes cosas voladoras.

El sacerdote hacía gestos a los grupos de seres que yo casi entendía; de algún modo había perfeccionado el lenguaje de signos y posturas de las manos que la heterogénea masa de vida respondía a ellos como si fuese su propio idioma. Alzaba los brazos y hacía giros y muecas; una gran manada de bestias gibosas se apartó para dejar paso a un numeroso grupo de una especie de escarabajos brillantes del tamaño de gatos, y todos lo entendíamos. Así, con ondulaciones de sus manos, fue organizando la concurrencia de forma que todos cupimos en el menor espacio posible.

El murmullo musical cesó de repente, y una calma tensa empezó a espesar el aire. Un ligero temblor sacudió el suelo haciendo crujir levemente la estructura de roca. Me sentí de algún modo como en un concierto; el público, el teatro,

y el susurro apenas audible de músicos afinando sus instrumentos. Unas grandes aberturas en el suelo exhalaban un extraño vapor y el aire silbaba al cruzarlas. Sentí por ellas un temor reverencial y decidí no volver a mirarlas.

Se nos pidió un silencio absoluto. El sacerdote alzó sus brazos al cielo, y los Habitantes de las Brumas se retorcieron hasta casi desaparecer. Todos los espectadores fueron callando hasta que un silencio espacial invadió la estancia.

No podía ver a los músicos; quizá era esa su intención, permanecer anónimos y no tizar la impresión que iba a dejarnos su música con la asociación de alguien interpretándola.

Comenzó desde la nada un zumbido profundo y muy grave, como un pedal de contrabajos con algo de burbujeo. No era un acorde, pero el sonido poseía muchos armónicos que le daban una gran presencia; fue creciendo entre nosotros muy despacio.

Sobre esta armonía apareció, unas dos octavas más alto, un sonido como de instrumento de viento, con la brillantez de una flauta, que imitaba al unísono el pedal inicial, en un crescendo apreciable. De repente, abandonó su monotonía y dibujó una melodía ascendente, que con sorpresa mía fue repetida a modo de canon, pero con un matiz más piano, por otro sonido nasal como el de una cornamusa. El instrumento anterior, que tenía también algo de percusivo, saltaba y brincaba con una melodía que se repetía con algo de modificación como una especie de ostinato con un patrón muy largo, seguido inmediatamente por la cornamusa, que con su repetición daba la sensación de un eco amplísimo. De pronto surgió un acorde casi natural, con algo nuevo que no podía apreciar pero que me parecía muy lejanamen-

te familiar. Este acorde fue creciendo también, del mismo modo en que habían hecho su aparición todos los instrumentos, y poco a poco fue invadiéndolo todo, encajando a la perfección con las melodías de la flauta y la cornamusa, e incluso modificándolos al descubrir que formaban una armonía diferente. El acorde cambiaba cada cinco o seis compases mientras que los otros instrumentos mantenían su persecución como en una especie de fuga, y los extraños contrabajos insistían en su nota pedal. Y entre el clima lentamente creciente apareció una especie de trémolo, muy denso, que ascendía un tono o tono y medio a intervalos de tiempo no constantes, pero que también arrastraba la armonía de forma notoria. Cuando atrapó a los instrumentos melódicos en un acorde imperfecto, estos empezaron a interpretar unos arpeggios ascendentes, que añadían una ansiedad creciente al grupo, vaticinando una explosión que al fin se produjo.

Como un trueno, comenzaron a batir un sorprendente conjunto de tambores y timbales, con sonidos desde metálicos a sordos, que dividieron la música anterior en tresillos, mutando absolutamente el ritmo y produciendo en el pecho una sensación indescriptible de alegría eufórica. El acorde seguía rotando cada cinco o seis compases, y ahora su timbre era algo más continuo y más brillante, y los contrabajos ya cambiaban su nota pedal cada cierto tiempo, y pese a ser un sonido tan grave las transiciones eran inmediatas, como si el sonido en sí mismo tuviera mucho ataque, más semejante ahora a un órgano que a los contrabajos mismos. Entre la percusión me parecía escuchar estampidos como olas contra los rompientes, sonidos de gotas cristalinas, y hasta una especie de ulular de viento

como un gong de otro mundo.

Cuando el ritmo se hubo incrustado en nuestras almas, volvieron las cornamusas y las flautas (que desde el comienzo de la percusión habían permanecido en segundo plano), pero esta vez a tres voces, y mientras las flautas a tres sonaban casi como cantos humanos, las cornamusas resonaban como rugidos de animales, más graves que antes, quizá más sonoras. Ya no ejecutaban un ostinato sino que a modo de antífona hacían sonar, ora unas, ora las otras, unos fuertes acordes muy distintos al que hacía de base, y casi opuestos al pedal que ahora cambiaba en cada compás.

En medio del armónico estruendo empezaron a batir una especie de enormes campanas, increíblemente bellas y densas, que parecían ahogar cuanto sonido las rodeaba cuando percutían, y entraban en vibración con mis vísceras, produciéndome escalofríos cada vez que aparecían. El final, aunque se adivinaba cercano, llegó antes de lo que todos esperábamos. No hubo un fundido ni un acorde final: el sonido entero se desplomó como un cristal que se rompe. Sentí un vacío intenso, como el posterior al orgasmo. Mientras la música sonaba me había olvidado de mí mismo y de todo lo demás. Ahora, me parecía no poder ni saber vivir sin ella. Todas las criaturas que me rodeaban parecían sentir la misma desazón, inmóviles y silenciosas, y aunque no podía descifrar ni comprender los gestos de sus muy diferentes rostros, creo que deseaban morir, como yo mismo.

Aunque recuerdo muy bien todas y cada una de las modificaciones que hubo en la canción, no puedo ni vagamente decir cuánto duró la experiencia. Seguramente mucho; el color del cielo y las nubes eran muy distintos después,

como si hubiera pasado mucho tiempo, o como si hasta ellos se hubiesen sentido maravillados y manifestaran así su admiración y respeto.

Los espectadores fueron retirándose lentamente, con resignación. Según se fue vaciando la estancia yo permanecí allí, para ver si podía ver a los músicos y a los instrumentos. Al verme inmóvil, el sacerdote me preguntó si esperaba algo más. Quiero ver a los músicos, le dije. Él me miró con condescendencia y se marchó. En vano esperé. Los músicos no aparecieron.

Más tarde, busqué al sacerdote. Le encontré en un huerto. De alguna forma me parecía conocerle, o al menos no ser necesario hacer las presentaciones oportunas, ni siquiera saludar o preguntar qué hacía allí.

—Quiero volver —le dije. No me hizo caso; insistí.

—Quiero volver. ¿Sabes cómo?

Él estaba cavando con una azada de piedra junto a unos matojos bajos. Dejó lo que estaba haciendo y me dijo:

—¿Por qué quieres volver?

La pregunta me sorprendió. Realmente no lo sabía, nada ni nadie me esperaba en mi casa, pero era un sentimiento que tenía profundamente enraizado.

—Veo que aquí no te ha ido bien —continuó, mirando el muñón de mis dedos y mi pierna torcida— Esta tierra es difícil para el hombre. No está hecha para nosotros.

Su calma religiosa me exasperaba.

—Ya lo sé —sentí que mi voz se quebraba— Ya lo sé. Ya no sé cuánto tiempo llevo aquí perdido. Tienes que ayudarme.

Suspiró.

—Tú sabes cómo hemos sido siempre. Los hombres devastadores. Creen que llegarán aquí para reventar las tierras de

labor y terminar con todos sus recursos; pero, como tú has visto, nos supera. Hay enfermedades horribles, animales casi invencibles, misterios que siquiera imaginarías, y ahí, en el mar interior —señaló las oquedades humeantes en el suelo, un poco más lejos— inteligencias inconcebibles para ti y para mí. Es mejor mantener a la humanidad lejos de aquí.

Estaba harto de su discurso. Me costaba articular las palabras, como si tuviese que recordar cada una de ellas, largo tiempo olvidadas. En varias ocasiones creí que iba a saltar sobre él para pegarle: al final debió darse cuenta de que estaba a punto de perder el control.

—Como veo que no puedo razonar contigo, te llevaré.

—¿Dónde?

—Hay una pradera al sur donde les veo aparecer, algunas veces. Hace tiempo que no vuelven por allí; supongo que deben tener algún problema con el transporte, sea cual fuere. Cada vez vienen menos.

—Llévame, por favor —supliqué.

—No debes decirles que me has visto. Ellos creen que estoy muerto; supongo que nada bueno me esperaría si me encontraran —sin duda tenía una compleja historia a sus espaldas; pero no era mi problema.

Mantuvo unos instantes de silencio, y al final continuó:

—Bueno, da igual. Diles lo que quieras.

Siguió dando golpecitos al suelo con su azada.

—¿Cuándo? —pregunté.

Bufó y se quitó el sudor de la frente.

—Mañana. Te diré dónde está el camino mañana. Tardarás un par de días en llegar. Pero no te hagas falsas esperanzas; quizá esperes allí para siempre.

Entendí que ya estaba todo dicho, y no seguí importunándole.

A la mañana siguiente se me acercó en silencio cargado con una mochila hecha de harapos, invitándome a seguirle. Recogí lo poco que tenía y le seguí a través de prados, valles y montes hasta el atardecer. Al fin, en medio de la nada, se detuvo y articuló las primeras palabras del día.

—Es ahí —señaló una pradera de flores rojizas— ¿Piensas esperarles?

—Sí —estaba decidido, quizá más que nunca en mi vida.

—Adiós entonces —me tendió su mano callosa y se la estreché.

Sin más ceremonia, se dio la vuelta y desapareció detrás de un montículo. Esa fue la última vez que le vi.

Cuando me quedé sólo, me senté, y tras un breve descanso busqué un lugar cómodo para hacerme un campamento.

Allí estuve cerca de dos meses. Aunque no tuve grandes complicaciones, no puedo decir que no pasase malos ratos. La esperanza de ver humanos, no obstante, no me abandonó ni un momento.

El día que vi al primer hombre apenas pude creerlo. Ahí estaba; con un uniforme negro, de soldado de artillería, merodeaba husmeándolo todo, como investigando o buscando algo. Tardé en decidirme a hacerme ver, desconfiado como una bestia salvaje. Al fin, grité y alcé los brazos, acercándome a él lentamente.

Al verme, se sobresaltó, y estuvo apuntándome con su arma hasta que estuve más o menos cerca y pudo darse cuenta de que yo no iba armado. Intenté contarle quién era yo, cómo había llegado hasta allí, lo que me había ocurrido, pero supongo que no fui muy explícito debido a la emoción. Era un tipo feo, con una cicatriz bajo el ojo, el rostro demasiado anguloso y el labio inferior caído, pero le sentí como mi salvador.

Con pocas palabras, excesivamente castrenses, me condujo a su superior. Detrás de unas grandes rocas había otros dos hombres, uno de ellos con barba, gafas y barriga, y el otro más alto, al que apenas pude ver con claridad. El de la barba era su sargento.

Se sorprendió mucho al verme. No era muy hablador y

mis historias, seguramente contadas de forma atolondrada, no le interesaron demasiado. Al parecer, desconocía la existencia de mi misión, y casi pensé que tampoco tenía muy claro qué tenía que hacer él mismo allí. Los tres merodeaban con desgana, miraban unos aparatos de medida, apuntaban cosas en grandes cuadernos. No tardaron en olvidarse de mi presencia. Mi excitación se convirtió, en poco tiempo, en aburrimiento y me quedé dormido.

Me despertó el hombre que me encontró y me dijo que nos íbamos. Ya habían recogido todo el instrumental y sólo parecía quedar yo. Anduvimos unos cuantos metros y llegamos hasta una gran mole de metal como un semicilindro tumbado sobre el suelo. El sargento abrió una puerta y me condujo dentro.

La estructura interior era igual a la que yo había conocido durante el viaje de llegada, aunque más pequeña y con un mejor aspecto. Intenté aclarar mis dudas sobre el viaje, cómo se llegaba hasta allí, qué era aquel artilugio, pero el sargento me interrumpió diciéndome que esa era información que no podía proporcionar a un civil. Viendo que no había nada que hacer, me senté donde él me dijo y esperé.

Los traqueteos y chirridos me resultaron familiares. El viaje duró algo menos de tres cuartos de hora. Cuando el estruendo hubo cesado, el otro soldado se acercó a la puerta y, asiendo el picaporte con un trapo que había en el suelo, la abrió.

Tras una bocanada de aire ardiente, aparecí en el centro de una especie de hangar enorme, muy parecido al barracón desde el que había partido. Había un pequeño comité de bienvenida formado por un teniente, dos sargentos y unos cuantos soldados. Todos se sobresaltaron al verme, y

marearon a preguntas a mis compañeros de viaje. Con fastidio empezaron a responder. Uno de los sargentos mandó a un cabo que me llevase al calabozo a esperar; yo obedecí, le seguí y me invitó a pasar a una celda oscura y húmeda. El cabo no era demasiado amable, pero tuvo la delicadeza de dejar la puerta sólo entornada y aguardar unos metros más allá.

Yo podía escuchar la discusión en la lejanía. Supongo que el traerme iba a ocasionar una gran cantidad de problemas burocráticos a todos; alguno insistía en que había sido una torpeza y que debían haberme dejado allí.

Mucho tiempo después vinieron a ordenar al cabo que me llevase a otro sitio, no recuerdo exactamente a dónde. Sólo sé que caminé por pasillos y escaleras detrás de él hasta un despacho frío, sin cuadros, donde me esperaba un hombre vestido de civil. Tras unas cuantas preguntas sobre mi identidad, rellenó un montón de impresos con una máquina de escribir muy vieja y me ordenó hacer un informe con todo lo que me había ocurrido, desde el principio del viaje hasta mi recogida. Firmé unos documentos y me dijo, con una sonrisa de dientes sucios, que podía irme a casa.

El cabo me condujo a la salida y me entregó unos papeles, unos salvoconductos que me autorizaban a llegar a mi ciudad. Todo estaba prácticamente igual que antes, nadie me esperaba, incluso ninguno de mis vecinos me recordaba, ni yo les recordaba a ellos. Lástima que los civiles no tengamos derecho a conocer las fechas; seguro que han pasado muchos, muchos años. Pero eso ya no es importante.

Este es el final de mi historia sobre Terra Incognita; en ella he descrito los hechos tal y como los recuerdo.

Terra Incognita

Hace unos días me comunicaron que han rechazado el texto que me pidieron que escribiera contando lo que me ocurrió en Terra Incognita. Dicen que no era eso lo que se me había solicitado, que esperaban un informe detallado y objetivo del trazado, aspecto, fauna y flora del lugar y no un cuento ridículo lleno de imprecisiones y apreciaciones subjetivas, que no les importa lo que a mí me ha pasado, sino lo que se podía haber aprendido y sacado de aquella tierra. Dicen que ha sido un estrepitoso fracaso y que van a olvidarlo todo, que han surgido nuevas prioridades y que el proyecto se archiva hasta nueva orden. Todas las vidas que se han perdido ahora no importan nada, y todo el dinero que supongo que ha costado está tirado a la basura, con la cantidad de familias que podían haber comido durante años con él. Pero yo no puedo hacer nada. En realidad, quizá sea mejor así. También me han ordenado que destruya este informe y que no haga comentario alguno sobre Terra Incognita, sobre el viaje ni sobre nada de lo que haya oído o visto durante el entrenamiento. Obedezco, pero he guardado esta copia y he añadido este párrafo, por si en algún momento futuro más propicio alguien la encuentra y le es de utilidad.



© Ángel Ortega 1997

Diseño y maquetación:
Marisa Ortega
www.marisaortega.es